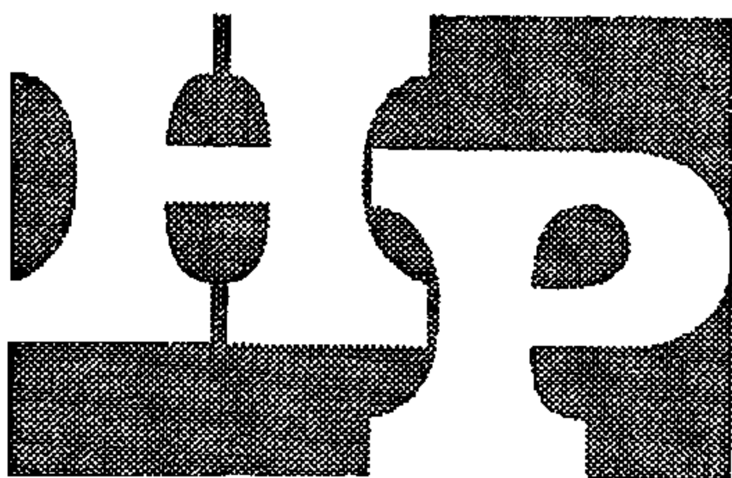


Silver Kane

10.000 DOLARES PARA EL MUERTO





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

10.000 DOLARES PARA EL MUERTO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 299
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 29900-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: septiembre, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Leslie Adams —quien todos sus amigos llamaban Less—. Estaba muy contento aquella tarde.

Palmeó cariñosamente el cuello de su caballo y susurró:

—Hemos llegado a tiempo, «Lindo». Creí que no lo conseguiríamos.

En efecto, durante el viaje que ahora acababa de terminar. Less estuvo todo el tiempo obsesionado por la idea de que no iba a llegar a tiempo.

Una imprevista enfermedad le había obligado a demorar dos días su salida, y esos dos días hubo de recuperarlos durante el camino. No podía advertir por carta su retraso porque la carta hubiera llegado más tarde que él, y además en aquella zona no había tendido telegráfico. De modo que Less, en cuanto estuvo un poco mejor, se dijo: «Bueno, muchacho. A caballo… ¡y a correr!».

Y había corrido. ¡Vaya si había corrido!

Afortunadamente llegó a tiempo. Incluso con alguna hora de adelanto sobre los planes que se había trazado antes de caer enfermo.

Miró torno suyo y vio, al frente, la ciudad de Waring, una ciudad de casas bajas, más bien tristes, casi todas pintadas de gris, lo que daba a la población un vago aspecto de campamento militar.

Quizá también la pesadez de aquella tarde, cargada de nubarrones, hacía que aumentase la sensación de tristeza que se desprendía de la ciudad entera.

De todos modos Less estaba alegre. Y a él la población no le parecía tan triste como quizá le hubiera parecido en otras ocasiones.

Vio que a cierta distancia, antes de llegar a las primeras casas,

había una cantina. Y, poco más allá, otra.

Volvió a acariciar el cuello de su montura.

—Bueno, «Lindo» —susurró, como si el caballo pudiera entenderle—, veo que aquí la gente es amante de la bebida. Y no les quito la razón, qué diablos. En una tierra tan ingrata como ésta, si no echan un trago de vez en cuando, ¿qué van a hacer? Y nosotros también nos merecemos remojar el gaznate, de modo que… ¡vamos allá!

Taconeó suavemente, sin picar espuelas, y el caballo se dirigió hacia la primera cantina.

Había un abrevadero muy limpio delante de ésta. Les descabalgó y dejó que el animal se despachara a sus anchas.

Luego él entró en el local.

Era viejo, pero estaba limpio. Y debía haber sido reformado recientemente.

Less se acodó en la barra, junto a la cual sólo había un hombre, aparte del encargado del servicio, que tenía aspecto de ser el dueño.

—¿Tiene *whisky* de calidad, amigo? ¿Y cerveza? Quiero las dos cosas, una detrás de otra.

El dueño, sin apenas volverse, dijo:

—Como siempre, ¿no?

Less parpadeó.

—¿Por qué dice que como siempre?

—Pues porque usted siempre pide lo mismo.

—¡Si yo nunca he venido aquí!

El dueño del local se volvió completamente, para mirarle ahora bien a la cara.

Entonces soltó una carcajada.

—¡Qué cosas tiene usted, señor Clinton! Siempre tan bromista, ¿eh? Debí haberle saludado al entrar, pero la verdad es que sólo le he reconocido al oír su voz.

Less sonrió agradablemente.

—Es muy fácil confundirse —opinó—. ¡Usted debe ver tantas caras al cabo del año!

—Pero… ¡si yo no me confundo!

—Tiene que estar equivocado por fuerza. Le repito que yo no me llamo Clinton, y además es la primera vez que estoy en esta ciudad.

El único hombre que estaba en el local, además de ellos,

intervino entonces. Miró al joven con ojos chispeantes.

—Vamos, vamos, señor Clinton, no hay que disimular. ¡Si al fin y al cabo no le vamos a pedir dinero!

Less bebió de un trago la jarra de cerveza que le acababan de poner delante. Estaba fresca y le pareció la bebida más deliciosa del mundo. Eso ayudó a que no perdiera su buen humor.

—¿Y por qué habían de pedirme dinero? —preguntó después.

—¿Le parece poco?

—¿Si me parece poco qué…?

—Ha ganado diez mil dólares.

Less, que ya tenía el vaso de *whisky* en la mano derecha, lo volvió a dejar lentamente sobre la barra.

—¿Diez mil qué…?

—Dólares.

Ahora Less necesitó beber el licor de golpe.

—Bueno, amigo, ¿y dónde he ganado yo eso? —preguntó al cabo de un instante.

—En la rifa que cada año se organiza en la ciudad.

—¡Pero si yo no jugaba! ¡Le he dicho que jamás estuve aquí!

Los otros dos hombres rieron a la vez.

—Hala, hala, señor Clinton. ¡Qué ganas de bromear!

Less pensó que debían estar burlándose de él.

No sabía por qué, pero le estaban gastando una broma.

De modo que no quiso seguir dándoles cuerda. Bebió el *whisky* y preguntó qué debía.

—Un dólar. ¿Pero tanta prisa tiene por irse?

—Me esperan en la ciudad.

—Claro, hombre… ¡para cobrar! ¡Hala, dese prisa!

El joven pagó y salió.

A pesar del incidente, no había perdido su buen humor. Pensó que una broma, al fin y al cabo, se la gastan a cualquiera.

Volvió a montar a caballo y se dirigió hacia Waring, cuyas primeras casas estaban ya muy cerca.

Pero antes de llegar allí tenía que pasar por delante de la segunda cantina.

Un tipo barbudo, de aspecto jovial, se hallaba ante la puerta, con una jarra de cerveza en la mano.

Le saludó a gritos.

—¡Ah, hola, amigo Clinton! ¡Felicidades!

Less frenó suavemente el caballo.

Bueno, como broma ya estaba bien.

Ni él había visto jamás a aquel tipo ni aquel tipo podía haberle visto a él en toda su vida.

—¿Qué dice? —preguntó.

—He dicho que muchas felicidades, amigo Clinton. ¿Es que acaso le he molestado?

—Molestarme no, pero aquí tiene que haber una confusión.

—Nada de confusiones, hombre, pero ahora, me doy cuenta de que usted tiene un defecto que no me gusta.

—¿Cuál?

—Apenas se ha hecho rico, ya no quiere conocer a nadie. ¿Tiene miedo de que le pidamos dinero?

—¿Pero qué dinero ni qué infiernos? ¿También usted está de broma?

El tipo de la jarra de cerveza le miró asombrado durante unos momentos.

—Bueno, hombre, bueno, no se enfade. ¿Por qué no admite una invitación y hablamos de esto?

Less descabalgó. Ahora se daba cuenta de que, con todos aquellos inesperados líos, volvía a tener la boca seca.

Y ya estaba ardiendo en deseos de aclarar aquello. De modo que aceptó la invitación.

—Con mucho gusto, amigo.

Dentro del local —que también parecía recientemente restaurado— había otros dos hombres además del dueño.

Todos le miraron con expresiones de alegría.

—¡Caramba, Clinton! ¡Bienvenido!

—¡Qué suerte has tenido, Clinton!

—Has venido a cobrar, ¿eh, Clinton?

Less dio un terrible puñetazo sobre la barra.

—¡Basta ya! ¡Estoy harto de que me llamen Clinton!

Todos le miraron asombrados. Durante algunos instantes, el silencio fue tan absoluto que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Al fin el dueño murmuró:

—Bueno, hombre, no hay que ponerse así… Si no le gusta haber

ganado diez mil dólares…

—Claro que me gusta. ¡Como a todo el mundo! Y la verdad es que los necesito. ¿Pero cuándo he ganado yo esa bonita suma?

—Pues en la rifa anual que organiza la población…

Lo que le estaban diciendo allí coincidía con lo que le habían dicho poco antes. Una nebulosa idea empezó a formarse en la mente de Leslie Adams.

Murmuró:

—No sé por qué dicen eso, si yo no tengo ningún billete de ninguna rifa.

—Es que no hacían falta billetes.

—¿Cómo?…

—No, hombre, no. Nada de billetes, porque luego la gente los pierde. Nuestra rifa benéfica es muy sencilla. Cada uno escribe en un papel un número del uno al mil, y firma. El precio son diez dólares, y se pueden suscribir tantos números como uno desee. Luego se hace el sorteo normalmente. Si el número premiado está suscrito por un solo individuo, éste se lleva toda la cantidad. Si por varios, se la reparten. Es un sistema de lotería muy emocionante, ¿no? Y usted, amigo Clinton, tuvo doble suerte, porque su número no lo había suscrito nadie más.

Les miró al dueño de la cantina.

—Un *whisky* doble, por favor.

Luego volvió la cabeza hacia el hombre que le estaba hablando.

—¿Y qué número suscribí yo? ¿Cuál era ese número que nadie más quiso?

El otro rió brevemente.

—¿No lo adivina, amigo?

—Pues… no.

—¡El 13!

Less necesitó beberse de golpe el *whisky* doble.

Aquella idea nebulosa e inconcreta que había entrado en su cráneo estaba tomando forma.

Un tipo parecido a él había jugado. Y acababa de ganar. Y todo el mundo pensaba que él era Clinton.

—De modo que ahora soy dueño de diez mil dólares… —farfulló.

No podía negar que la idea, aunque fuera absurda, le gustaba.

Pero meneó la cabeza.

—No, no… Yo no soy Clinton —dijo.

—Jamás he visto un caso como el suyo —gruñó el dueño de la cantina.

—¿A qué se refiere?

—Nunca he visto el caso de un fulano que no quisiera cobrar.

—No es que no quiera. Necesito esos diez mil machacantes quizá más que nadie. ¡Es que no puedo cobrar!

El tío que había hablado antes meneó la cabeza.

—No se ofenda, amigo, pero yo he oído hablar de gente que pierde la memoria. ¿Usted sabe bien quién es?

—Claro que sí. Me llamo Leslie Adams.

—También hay quien adopta otra personalidad y no sabe por qué.

—¡Basta de tonterías, amigos! ¡Repito que no soy Clinton!

Un hombre que estaba sentado al fondo de la barra dijo entonces algo que a Less le pareció lleno de sensatez.

—De acuerdo, amigo, no vamos a discutir eso. Pero al menos sáquenos de dudas. ¿Por qué no va a ver al administrador de la rifa?

—¿Y qué ganaré con eso?

—Nada menos que resolver el problema. El tiene la papeleta con la firma del tal Clinton. Vea si es su firma o no.

Less se encogió de hombros.

Bueno, ¿qué perdía con aquello?

Aún le quedaba un poco de tiempo para la hora señalada, la hora crucial que le había decidido a emprender aquel viaje.

Podía ver perfectamente al administrador de la rifa. Y no podía negar que aquella extraña aventura había empezado ya a interesarle.

—¿Dónde puedo encontrar a ese hombre? —preguntó.

—¿Quiere que le acompañe alguno de nosotros?

—No, porque tal vez en el último momento no me decida a entrar.

—Bien, como quiera… ¡Caramba, y qué difícil resulta convencerle! Lo único que tiene que hacer es seguir en línea recta. A la entrada de la calle, a mano derecha, verá un edificio de una sola planta en cuya puerta se lee: «Administración de impuestos de Waring». Pregunte allí.

—De acuerdo… ¡iré!

Fue a pagar, pero el dueño le detuvo con un gesto.

—Ya le han dicho que es una invitación. Nada de pagar, señor Clinton. ¡Y felicidades!

El joven dio las gracias con voz confusa, salió.

La verdad era que la cabeza ya empezaba a darle vueltas.

La ciudad, al verla de nuevo, le pareció distinta. Tenía un cierto aspecto mágico, extraño, casi sobrenatural. Era como una ciudad entrevista en sueños.

¿Habría estado él alguna vez allí y no lo recordaba? ¿Se habría vuelto loco?

Cerró un momento los ojos y se repitió para sí mismo: «Nada, muchacho. Tú estás bien. Simplemente te han confundido con algún forastero que estuvo aquí de paso, y que debía parecerse a ti».

Llegó a la entrada de la calle principal, y desde allí vio la torre de la pequeña iglesia.

Sonrió.

Un pensamiento tranquilizador había acudido a su mente.

De todos modos la calle estaba vacía, y todo aquello tenía el aspecto un poco extraño, casi sobrenatural, que ya le había llamado la atención antes.

Vio, al girar la cabeza, el edificio del que le habían hablado.

Descabalgó y llamó a la puerta.

Un tipo bien vestido, de unos cincuenta años, le abrió y le miró de pies a cabeza.

—¿Qué quiere?

—Busco al administrador de la rifa benéfica.

—Soy yo.

—¿Y qué desea?

Less sintió ganas de sonreír. Empezaba a tranquilizarse. Pensó: ¡Menos mal que este tipo no me ha llamado señor Clinton!

—Quisiera ver la firma de una papeleta. La trece.

—¡Ah! ¡Entonces usted debe ser el señor Clinton!

A Less se le borró de la boca la sonrisa que ya empezaba a insinuarse en ella.

Infiernos… Otra vez volvía aquella especie de sueño.

Pero ya no se atrevió a decir ni que sí ni que no. Ya no se atrevía a decir nada.

—Es que quisiera comprobar una cosa —murmuró confusamente.

—Está bien. Pase.

Le introdujo en un despacho bien amueblado, demasiado bien amueblado para la pobreza general de la ciudad. Ocurría como en las cantinas. Daba la sensación de haber sido restaurado todo recientemente.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Les.

—Sí, señor.

—Magnífica casa…

—En efecto. La he hecho pintar y además todos los muebles son nuevos. Pero vamos a lo que interesa.

Abrió con una llave una caja fuerte y extrajo del interior tres papeletas.

—Éstas son el segundo y el tercer premio —dijo—. Pero usted ha ganado el primero.

Separó una de las tres papeletas.

—Aquí está.

La puso sobre la mesa, a cierta distancia del joven. —Quisiera ver la firma— susurró éste.

—¿Por qué no? Aquí está todo lo que usted puso, y de su puño y letra.

Acercó la papeleta al joven. Éste leyó:

> «El firmante, Clinton Howard, apuesta la cantidad de diez dólares al número trece, para la rifa benéfica que ha de celebrarse el veinte de setiembre del año en curso en la ciudad de Waring».

Y debajo fecha y firma.

Less palideció.

—¿Qué le pasa? —preguntó el administrador—. ¿Le está conforme el texto? Cada suscriptor lo escribe de su puño y letra según la fórmula que yo mismo le doy a copiar, para que luego no haya confusiones.

—Sí, ya veo.

Lo que veía en realidad Les era mucho más grave, mucho más

profundo.

Porque el texto que él leía allí… ¡estaba escrito con su propia letra!

Había muchas cosas en el mundo con las que Less podía confundirse, pero no con su propia letra. Éste era, de verdad, muy personal. Y de que la tenía ahora delante de los ojos, no le cabía la menor duda.

Sus manos temblaban cuando devolvió la papeleta al administrador.

—Repito, señor Clinton —repitió éste—. ¿Qué le pasa?

—Na… nada. Oiga…

—¿Qué, señor Clinton?

—¿Usted me recuerda?

—¿Recordarle de qué?

—De cuando vine a firmar todo esto.

—No estoy seguro —dijo el administrador lentamente—. Hágase cargo de que por aquí pasan muchos forasteros, y casi todos juegan. Usted era un forastero más… Resulta imposible recordar, al cabo de unos meses, todas las caras.

Extrajo de uno de sus bolsillos un largo cigarro, se lo puso entre los dientes y añadió con expresión pensativa:

—Aunque, la verdad, a usted sí que le recuerdo. Pero de una forma muy confusa. ¡Si pudiera darme algún detalle, indicarme algo de lo que entonces pudimos hablar!…

—Pues la verdad… No creo que hablásemos de nada.

De pronto el otro le apuntó con su cigarro.

—¡Ya recuerdo!

—¿Qué… qué recuerda?

—Lo que usted me dijo entonces. La conversación que sostuvimos.

—¿Y… de qué hablamos?

—Me dijo que usted iba a casarse con una chica que no era de aquí, pero que celebrarían la boda en esa iglesia que hay a pocos pasos. Y que si ganaba los diez mil dólares podría realizar el sueño de su vida, que era comprar un pequeño rancho.

Less quedó materialmente aturdido.

Otra vez aquella sensación de sueño, de irrealidad, casi de pesadilla.

—No… —balbució.

—¿Qué, señor Clinton?

—¡Yo he venido a casarme!

El otro sonrió. Less le veía como entre una lejana bruma, como si el administrador se encontrase a una distancia infinita.

Le pareció que su voz llegaba también de muy lejos.

—Claro, señor Clinton. Precisamente hablamos de eso. Y ha de ser en la iglesia que se ve desde aquí ¿no?

—Exactamente.

—Ahora voy recordando todos los detalles. Usted se comportó como un hombre muy simpático y reímos por el hecho de que hubiera elegido el número trece.

—La verdad… —musitó Less—, es que… el sueño de mi vida… también es llegar a tener un rancho.

—Pues de eso precisamente hablamos. Y ahora podrá comprarlo seguramente, señor Clinton. O al menos pagar una buena parte de él.

Less necesitó echarse sobre el respaldo de la silla y cerrar los ojos.

¿Era posible que…? ¡Dios! ¿Pero era posible que un hombre soñase de aquel modo, que hiciera viajes sin darse cuenta, que estuviese de lleno dentro de la locura y no lo hubiera sospechado siquiera?

El administrador volvió a preguntar otra vez, con expresión preocupada:

—¿Qué le pasa, señor Clinton?

—Verá, es que… mis recuerdos están confusos.

—Es extraño, pero eso puede suceder a veces. ¿Ha estado usted enfermo tal vez?

—Sí. Hube de retrasar un poco mi viaje por esa causa. Pero no tuvo nada que ver con la cabeza… es decir, no fue una dolencia mental. Ni siquiera sentí jaqueca. Simplemente, estuve a punto de pillar una pulmonía después de haber estado cabalgando, bajo la lluvia, durante toda una noche.

—De todos modos cualquier dolencia puede afectar a la mente, señor Clinton. Una fiebre muy alta hace delirar, según sabemos todos. Y algunos recuerdos pueden borrarse… En fin, ése no es asunto mío. ¿Cuándo quiere cobrar?

Less entrelazó los dedos nerviosamente.

La verdad era que se encontraba ante un terrible problema de conciencia, ante algo que jamás pensó pudiera llegar a suceder.

Según todos los síntomas, aquellos diez mil dólares eran suyos. Y estaban dispuestos a pagárselos a tocateja.

Pero él no era el verdadero Clinton. De eso también estaba seguro. Vaciló.

Iba de una idea a otra, de un sentimiento a otro. Pero al fin se decidió a dejarse llevar por las circunstancias, aun sabiendo que hacía mal.

—Quisiera cobrar ahora —susurró.

Su sueño dorado… ¡Podría comprar un rancho! ¡Podría ofrecer algo valioso a Elaine, que ya casi le estaría esperando en el juzgado para celebrar la ceremonia de la boda civil antes de la ceremonia religiosa!

Todo seguía siendo como un sueño.

—Muy bien —dijo el administrador—. Llevará algún documento que justifique su personalidad, supongo.

—Pues… no.

Ya estaba allí la realidad. El sueño se había roto.

—No importa —dijo el administrador—, no es un obstáculo insalvable. Hay mucha gente en el Oeste que no tiene documentos. ¿Por qué cree que hacemos escribir a la gente la papeleta de su puño y letra?

Tendió a Less papel en blanco y una pluma.

—Escriba ahí —indicó—. Ponga exactamente: «Recibo a mi conformidad los diez mil dólares del premio». Pero no firme.

—Muy bien.

Les escribió.

El administrador comparó entonces los dos papeles.

—No cabe duda. Es la misma letra.

—Sí, ¿verdad?

Less seguía sin poder creer en todo aquello. ¡Y sin embargo no estaba soñando!

—Ahora sólo queda por realizar una simple formalidad, ya que usted no lleva documentos —dijo el administrador—. Vaya ante el juez y declare que se llama Clinton. El le extenderá una certificación. Vuelva con ella y le pagaré. Entonces firmará el

recibo.

Less asintió.

Sabía que a falta de censos de habitantes y de documentos de identidad, les jueces extendían a veces acuellas certificaciones, que al menos servían para legalizar un poco las cosas. Claro que también podían servir para dar una falsa personalidad a un delincuente, pero la verdad era que los forajidos, sobre todo los importantes, procuraban no acercarse por un juzgado ni a tiros.

—Precisamente el juez me ha de casar —dijo alegremente.

—Pues vaya a verle. Está ocho casas más abajo.

—Voy volando y volveré más volando todavía. ¡Ah!… Y gracias.

—No hay de qué, señor Clinton. Yo no le hago ningún favor. Yo me limito a pagarle el premio.

Less salió.

Otra vez, al salir al porche, le acometió aquella brusca sensación de irrealidad.

La ciudad estaba vacía. Parecía enteramente una ciudad fantasma.

¿Era posible que él hubiera estado antes allí? ¿Y que hubiera apostado dinero a una rifa con otro nombre? ¿Y que hubiese hablado con la gente diciendo que se llamaba Clinton?

Cierto que la mente humana tiene secretos insondables, pero él estaba seguro de que su cabeza regía bien.

El era un muchacho normal, fuerte, sano, acostumbrado al trabajo y a la vida al aire libre.

Y no había perdido la memoria.

Era capaz de acordarse de todo lo que había hecho en su vida, desde el momento en que le dieron el primer plato de sopa.

Pero no podía evitar aquella sensación de vértigo. Aquella sensación de que todo el mundo se había vuelto loco… o el loco era él.

Llegó ante el juzgado. Había dos puertas.

Una decía: «Sala de actos». En la otra podía leerse: «Despacho del juez».

El miró con cariño la puerta donde decía: «Sala de actos», y por la que muy poco después él y su novia, Elaine, saldrían convertidos en marido y mujer para dirigirse a la iglesia y confirmar su boda religiosa mente.

Pero por el momento era pronto aún. Le interesaba llamar a la otra puerta.

Lo hizo aprisa.

Todo aquello le estaba ocupando mucho tiempo y no iba a poder ni encargar una habitación en el hotel, bañarse, afeitarse y cambiarse de ropa.

Una voz indicó:

—Adelante.

Less entró. El despacho del juez era bastante cochambroso. Éste no había sido restaurado recientemente, como los otros edificios en que había entrado artes.

El juez era un hombre joven, de ojos duros, fríos y crueles.

—¿Qué quiere usted?

—Hacer una declaración sobre mi nombre.

—Pase.

Less pasó y tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Me llamo Clinton —dijo—, y quisiera que se me hiciese un certificado sobre mi nombre. Lo necesito para cobrar un premio.

—¿Y el administrador está conforme? ¿Le bastará sólo con eso?

—Sí, señor. Ya tiene otras pruebas sobre mi identidad en su poder.

—Muy bien, dígame sus datos personales.

Less eligió al azar el nombre de pila, esperando no equivocarse.

—Me llamo John Clinton.

—¿Edad y lugar de nacimiento?

Ahora Less sí que dijo la verdad.

—Nací en Denver, Colorado, y tengo veintitrés años.

—¿Su estatura es uno ochenta y cinco?

—Pues… sí, señor. ¿Cómo lo ha adivinado?

Las manos del juez temblaron un momento.

—No me diga que está emocionado —rió Less—. Aquí el único que tiene derecho a ponerse nervioso soy yo, y por dos motivos.

—¿Qué dos motivos?

—Uno, el premio; otro, que voy a casarme en seguida.

Al instante, el joven quedó como petrificado.

Ahora pensaba que aquello iba a acarrear una complicación.

Puesto que a Elaine y a él iba a casarlos el mismo juez, debería hacerlo bajo el falso nombre de Clinton. Pero eso no era tan

importante, después de todo… El ya daría a Elaine tantas explicaciones como fuesen necesarias. Y si debían celebrar en otro sitio la ceremonia religiosa —porque el sacerdote era mucho más exigente en cuestión de nombres y apellidos— lo harían. Ahora a Less se le hacía muy cuesta arriba renunciar a diez mil dólares que ya tenía en el bolsillo.

—¿Con quién va a casarse? —preguntó el juez.

—Con una chica llamada Elaine.

—¿Elaine qué?

—Elaine Clayton. Seguro que la conoce.

—Claro que sí.

—Es preciosa, ¿verdad?

El juez se puso en pie.

Sus ojos pequeños, fríos y crueles miraban al joven con una expresión extraña.

—Firme su declaración, por favor.

Less la firmó.

—Y ahora acompáñeme.

—¿Adonde?

—Sígame, se lo ruego.

Less se levantó también, preocupado.

—¿No puedo antes cobrar el premio?

—Ya habrá tiempo para todo. Ahora venga.

Less, intrigado, le siguió.

Salieron por una puerta trasera y atravesaron un patio. Al otro lado había un edificio muy sólido cuya parte delantera debía dar a la calle paralela a la del juzgado. Ahora ellos se encontraban ante la parte posterior de ese edificio.

Tenía una puerta de hierro.

El juez la abrió con una llave.

—Pase, señor Clinton.

El entró.

E inmediatamente sintió como un mazazo en la nuca. O como algo peor. Como un pinchazo en las entrañas.

Aquello era imposible, era absurdo. Se trataba de una maldita pesadilla.

Pero nada tan real como aquel cuerpo colgando de una cuerda.

Ni nada tan real como aquella mujer ahorcada, con el rostro

amoratado ya, con la lengua sobresaliendo un poco por entre sus labios entreabiertos.

Nada tan real como Elaine, como Elaine espantosamente muerta.

CAPÍTULO II

Leslie Adams había soportado muchas cosas en su vida. Podía decir, sin exagerar, que había sufrido mucho.

Se tenía por un hombre entero, duro, capaz de soportar las mayores pruebas.

Pero ésta no.

Ésta fue superior a él, fue superior a todo lo que pudo imaginar, a todo lo que un día imaginó que podría llegar a sufrir.

Sus rodillas vacilaron. Sintió que iba a caer.

Tuvo que apoyar las manos en la única mesa que había en la habitación. Hundió la cabeza en el pecho para dominar una terrible sensación de náuseas.

Las fuerzas le abandonaron. Todo empezó a dar vueltas en torno suyo.

Al fin pudo levantar la cabeza, pudo respirar un poco, haciendo un esfuerzo terrible para sentirse más dueño de sí.

—Dios santo… —musitó—. Dios santo…

No sabía qué decir.

Y fue entonces, al alzar la cabeza, cuando vio aquel revólver que le estaba apuntando a la cara.

Detrás del revólver había un hombre. Un hombre con una estrella en el chaleco.

Less tuvo nuevamente la sensación de que se había vuelto loco o de que vivía una pesadilla.

—¿Qué significa esto? —susurró.

—Significa que debe desabrocharse su cinturón canana.

—Pero…

—Obedezca si no quiere que le mate aquí mismo.

Less estuvo a punto de pedir precisamente aquello, que le

mataran allí mismo. Pero en el fondo de él mismo un resto de conocimiento terminó imponiéndose. «No hay ninguna locura. Esto, por terrible que sea, se tiene que aclarar…».

Sin volverse para no mirar el cadáver, desabrochó la hebilla y su cinturón canana con el revólver cayó al suelo.

El *sheriff* ordenó:

—Ahora camine. Hacia la izquierda.

El joven miró hacia allí. Vio la puerta de una celda. Estaba nada menos que en la cárcel de la ciudad de Waring.

—*Sheriff* —balbució—. ¿Es que todos nos hemos vuelto locos aquí?

—Yo nunca he estado más cuerdo.

—¿Por qué me detiene?

—¿Y aún lo pregunta?

Leslie hizo un gesto de desolación.

—Reconozco que he obrado mal. ¡Pero las cosas se presentaron de una forma tan extraña! Sólo al entrar en la ciudad ya me pareció estar viviendo un sueño. Y luego esos diez mil dólares me los pusieron prácticamente en el bolsillo. Llegué a ilusionarme. Pero le juro que mi intención no fue engañar a nadie. Las cosas rodaron solas, y además aún no he cometido ningún delito. No he cobrado ni un céntimo.

El *sheriff* le miró como si viese una alucinación.

—¿De qué diez mil dólares habla?

—Pues… —y de pronto el joven estalló, gritando como un loco—: ¿Por qué infiernos me detiene entonces?

—¡Cállese, hijo de zorra! ¡Nunca he visto granuja más grande! ¡Atreverse a gritar encima!

Le propinó con el cañón un terrible golpe en la cara.

Less emitió un grito de dolor mientras se llevaba ambas manos al rostro y las retiraba en seguida con los dedos llenos de sangre. Pero antes de que pudiera reaccionar fue empujado. Un ayudante del *sheriff* había abierto la puerta de la celda.

Se encontró de pronto entre rejas, en una habitación pequeña donde sólo había una ventana, una mesita y un camastro.

Ah, y además un pasquín pegado en la pared.

El pasquín decía sencillamente:

Se busca por

ASESINATO

A un hombre de veintitrés años, natural de Denver, Colorado, 1’85 metros de estatura y que se llama o se hace llamar

CLINTON

Less tuvo que apoyarse en una de las paredes, sintiendo que se mareaba.

Y esta vez sus rodillas fallaron definitivamente.

CAPÍTULO III

Los hombres tenemos la cabeza más delicada de lo que nosotros mismos creemos. Somos capaces de resistir muchas cosas, de soportar muchas pruebas, pero siempre que sepamos dónde estamos, quiénes son nuestros enemigos, quiénes somos nosotros.

En cambio lo desconocido no sólo nos desorienta, sino que también nos aterra.

Cuando hasta las cosas más elementales fallan, cuando no podemos estar seguros ni de nuestro propio nombre, sentimos como si se perdieran todas nuestras fuerzas.

Y eso era lo que le ocurría a Leslie Adams.

Tenía la sensación de haber atravesado la frontera de otro mundo. De encontrarse en un lugar donde todas las cosas eran distintas.

No supo cómo, se encontró tendido en el camastro.

Sin duda había sentido vértigo, tendiéndose allí de un modo maquinal, sin pensarlo. Luego debía haber perdido el mundo de vista por unos momentos.

Al abrir los ojos, vio el techo blanco de la celda. Le parecía estar en otro planeta, como los que despiertan de un sueño y tardan en adaptarse a la realidad.

La puerta se abrió.

Un hombre de unos cuarenta años, macizo, con lacios y tristes bigotes, entró en la celda.

Les le miró parpadeando.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Tower.

—¿Y qué hace aquí?

—Acaban de nombrarme su defensor.

—¿Mi… qué?

—Me ha entendido perfectamente.

Se sentó a un lado del camastro y añadió con pesadumbre:

—Pero no debe mirarme como a un enemigo. Al contrario, yo soy el único amigo que tiene en la ciudad. Y aunque la situación es muy difícil, haré lo que pueda. ¿Hará lo que pueda para qué?…

—Para evitar que le ahorquen.

Les se incorporó de un brinco.

—¡Oiga, aquí todos están locos!

—¿Locos? ¿Por qué?

—¡O tal vez el loco sea yo!

—Quizá sí, amigo mío.

Una lucecita pareció encenderse en la conciencia de Leslie: «No cedas, muchacho, no cedas de ningún modo… Si admites por un solo momento que estás loco, las cosas aún pueden marchar peor».

Señaló el pasquín.

—¿Quién ha puesto eso ahí?

—Lleva en la celda bastantes días. Igual que en otros sitios.

—¿A quién mató el tal Clinton?

—A un viajero. Para robarle.

—¿Y cómo es que no tienen más datos de él?

—Eso es todo lo que ha podido averiguarse. El crimen no lo cometió aquí, sino en el condado vecino. Pero en términos legales eso es igual, porque puede ser juzgado en todo el Estado.

Less se pasó una mano por la frente.

—Bueno, ¿y quién es el tal Clinton?

—Usted.

—¡No me diga!…

—¿Es que va a negarlo?

—¡Claro que lo niego! ¡Y lo negaré mil veces!

Tower hizo un gesto de desaliento.

—Amigo mío, le he dicho que estoy de su lado. No voy a cobrar nada por la defensa. Es una obligación moral que tenemos los abogados: defender gratuitamente a los que se equivocaron, hacer por ellos todo lo que sea posible, dentro de la ley. Pero, por favor, a mí no trate de engañarme. Estamos aquí solos y nadie nos oye. Dígame la verdad.

—Se la estoy diciendo…

—Veamos. ¿Usted cómo se llama?

—Leslie Adams.

—Pues usted afirmó ante el juez todo lo contrario. Afirmó que se llamaba Clinton.

—Sí. Es cierto.

—Y firmó un documento acreditándolo así. Tal prueba es algo que ya no podemos destruir.

—¡Por Dios! ¡Yo me llamo Leslie Adams! ¡Toda la vida me he llamado así! ¡Y toda la vida mis amigos me han llamado Less!

—¿Tiene algún documento?

—No.

—Pues entonces…

—¡Dios santo! ¡Los que vivimos en la pradera no solemos llevar documentos! ¡Decimos nuestro nombre y en paz! ¡Todo el mundo sabe eso!

—Pero usted dijo que se llamaba Clinton. ¿Por qué?

—Para cobrar el premio.

—¿Qué premio?

Less procuró armarse de paciencia, y a pesar de que a cada momento se sentía más mareado, explicó a Tower todo lo ocurrido desde el momento en que puso los pies en la primera cantina.

—Hasta entonces el nombre de Clinton no lo había oído pronunciar nunca —aseguró.

Tower, que le había escuchado con atención, hizo al fin un gesto de incredulidad, pero se puso en pie.

—Si esto es cierto, usted se salvará —garantizó.

—¡Por Dios, compruébelo!

—Eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

Golpeó en la puerta desde dentro, y un par de segundos más tarde un guardián hizo girar la llave en la cerradura.

El abogado salió.

—Dentro de una hora estaré de vuelta —dijo—. No voy a perder ni un momento; en seguida averiguaré si es cierto lo que usted me ha dicho.

Y desapareció.

Less hundió la cabeza entre las rodillas, sentado en el camastro, al quedar solo.

Sentía otra vez una terrible náusea. Y la habitación volvía a dar

vueltas en tomo suyo.

Pero en aquella situación desesperada y absurda —más desesperada precisamente porque era absurda— le quedaba un resquicio de luz: la gestión de Tower.

No le cabía la menor duda de que el abogado era un hombre honesto.

Lo presentía de un modo instintivo: Tower era de los hombres que no quieren engañar a nadie, y tampoco admiten que se les engañe a ellos.

El averiguaría la verdad. Lo ocurrido un par de horas antes quedaría demostrado palpablemente.

La hora de espera se le hizo eterna, horrorosa.

Había momentos en que parecía perder el sentido y momentos de gran lucidez en que creía asomarse a un espantoso pozo de horror.

Al fin la puerta de la celda volvió a abrirse.

Tower entró.

Sólo al ver su expresión —mitad de asco y mitad de lástima al mismo tiempo—, el joven ya se dio cuenta de que las cosas no habían marchado bien. De que Tower regresaba con desastrosas noticias.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, el abogado le miró como el que mira a una bestia sanguinaria que al mismo tiempo inspira lástima, porque ella no tiene la culpa de serlo.

Susurró:

—Usted ha hecho mal en engañarme, señor Clinton. Por ese lado no iremos a ninguna parte.

—¿Dice… que yo le he engañado?

—Completamente.

—Por favor, no anticipe juicios. Eso que dice es terrible. Explíqueme lo que ha hecho.

—Estuve en las dos cantinas.

—¿Y…?

—Recuerdan que usted pasó y que estuvo bebiendo.

Y que dijo que se llamaba Clinton.

—¡Eso es falso! ¡Es mentira!

Tower cerró los ojos un momento.

—Calma, señor Clinton. Yo también pensé que podía ser

mentira. O que tal vez estaban equivocados. Por eso me dirigí a continuación a ver al administrador de la rifa benéfica.

—¿Y qué le ha dicho él?

—Asegura que no le ha visto.

—¿Cómo…?

La palabra de Less fue un auténtico rugido. Estuvo a punto de saltar sobre el abogado, a pesar de que éste no tenía ninguna culpa.

—¡Fui a cobrar un premio! —masculló luego—. ¡A cobrar diez mil dólares que habían correspondido al número trece!

—Miente, señor Clinton. Miente otra vez.

—¿Por qué… dice eso?

—Porque el premio no ha correspondido a nadie éste año. Cayó en un número que nadie había jugado. Y el importe se acumula al del año próximo.

—Pero… ¡si él mismo me enseñó la papeleta! ¡Y hasta firmé un recibo!

—El no tiene nada de eso, amigo mío.

Les señaló hacia adelante, furiosamente, como si acusara a su defensor. De pronto se dio cuenta de la brutal situación. Se vio a sí mismo en aquella postura, con el brazo ridículamente extendido, y seguramente con la boca abierta. Poco a poco dejó caer las manos sobre las rodillas. Con voz que era apenas un soplo farfulló:

—Entonces ahora lo comprendo. Todo esto es un complot. Un complot espantoso.

—¿Contra usted?

—Sí. Para ahorcarme.

—¿Y por qué habría de ser así? Aun suponiendo que usted dijera la verdad, aun suponiendo que usted fuera Leslie Adams, su afirmación no tendría base alguna.

—¿Quién va a molestarse en armar un complot de esta clase contra un vaquero desconocido? Porque aquí nadie le conoce a usted, amigo mío.

—No, nadie. Pero…

—Diga, diga…

Señaló furiosamente hacia la puerta.

—¡Alguien puede demostrar quién soy yo! ¡Alguien que me conoce muy bien! ¡Mi novia!

Y de repente, Less quedó otra vez inmóvil. Todo su cuerpo, toda

su sangre se llenaron de una especie de horror. No pudo ni respirar. De pronto hundió la cabeza y rompió en una especie de sollozo. No había llorado nunca, ni en sus días de niño.

Sin embargo ahora lo hacía. Lo hacía por Elaine. Por la pobre muchacha de cuya muerte parecía darse cuenta ahora.

El abogado musitó:

—Desahóguese si quiere, señor Clinton. No se avergüence de llorar. Crea que lamento mucho lo que ocurre.

Leslie apretó los labios.

No quería tener aquel momento de debilidad. Logró sobreponerse poco a poco al dolor que le había causado la certeza repentina de la muerte de Elaine, que hasta aquel momento le había parecido una especie de sueño.

Al fin preguntó:

—¿Cuándo van a juzgarme?

—Las cosas se hacen rápidas aquí, señor Clinton.

—¿Qué quiere eso decir?

—Que le juzgarán mañana.

El cerró un momento los ojos. Bueno, ¿qué importaba ya?

En ese momento le acometió una indiferencia casi brutal, una indiferencia absoluta. En cierto modo estaba deseando morir.

CAPÍTULO IV

La sala donde había de celebrarse el juicio estaba abarrotada.

Leslie se dio cuenta de que había pocos motivos de diversión en la monótona ciudad de Waring. Y aquello era una diversión para los vecinos, que esperaban asistir a un juicio entretenido y ser luego testigos de una ejecución que recordarían durante mucho tiempo.

Para ser conducido al juzgado, Les no hubo que hacer sino atravesar el patio que ya conocía. Lo hizo con las manos libres, pero con una fuerte custodia.

Al entrar él, todo el público prorrumpió en un ruidoso abucheo. Incluso los del jurado se unieron al griterío general.

«Sí que son imparciales…», pensó el joven.

Pero en realidad oía todo aquello como un sonido impreciso y lejano. Lo que le dominaba ahora era otro sentimiento que hacía aumentar su dolor, que nublaba sus recuerdos.

Leslie Adams miraba tristemente la sala de actos del juzgado.

Allí debió casarse con Elaine. Allí, sólo veinticuatro horas antes, tuvo que convertirse en un hombre feliz. Y ahora, sin embargo, entraba bajo vigilancia para convertirse en un condenado a muerte. ¿Por qué? ¿Qué había detrás de todo aquello? ¿Quién podría explicárselo?

Otra vez le parecía estar viviendo un sueño.

Tower, su abogado, le indicó:

—Siéntese aquí, a mi lado, señor Clinton.

Less lo hizo.

El juez estaba ya en su puesto. Envolvió al joven en la mirada de sus ojos fríos y crueles.

Less se volvió hacia Tower.

—No se esfuerce —susurró—. Ya veo la cara del juez y de los

jurados. Creo que aquí es segura una condena a muerte.

—Yo haré lo que pueda. Y afirmaré que usted no es Clinton, aunque le confieso, amigo, que yo no he conseguido creerle.

—Quisiera hacerle una pregunta, Tower. Ayer estaba muy aturdido, pero durante toda la noche no he podido pensar en otra cosa.

—Hágame la pregunta que sea. Con la mayor confianza.

—¿Quién mató a Elaine? ¿Cómo pudieron ahorcarla en la propia cárcel?

—No la ahorcaron en la cárcel, amigo mío. Como comprenderá aquí podemos equivocamos, pero no somos unos asesinos. Apareció colgada en las afueras de la ciudad; su cuerpo pendía de un árbol. Los que la encontraron la trajeron aquí, y se la colocó en la posición aproximada en que había sido hallada para que algunos testigos la examinasen. Por eso usted la encontró de aquel modo.

—¿La han enterrado?

—Sí. Ha sido enterrada ya.

Léss cerró un momento los ojos. El pensamiento se le hacía intolerable.

Ambos habían soñado casarse en aquel mismo sitio. Ambos habían prometido que…

Pero no quiso seguir pensando.

Sentía como si hasta el alma le abrasase.

—¿Qué se sabe de los culpables? —pudo musitar.

—Desgraciadamente nada. No había huellas ni existe la menor pista. Por ahora es un crimen que no tiene solución.

—¿Se da cuenta de que la mataron para que no pudiera decir que yo no soy Clinton?

—¿O sea que usted sigue creyendo en un complot?

—Sí.

Tower movió la cabeza dubitativamente.

—No puedo creerlo, amigo Clinton, pero diré también eso.

Less pensó que mal iban a ir las cosas si su propio abogado estaba convencido de que él era culpable. Pese a la buena voluntad de Tower, todo se iría al diablo. Bueno, ¿qué importaba?

El juez preguntó:

—¿Han dejado ya de consultarse el abogado y su defendido?

—Sí, señor —dijo respetuosamente Tower.

—Entonces puede empezar el juicio.

Éste fue muy breve.

Les tenía nuevamente la sensación de estar viviendo un sueño, y por más esfuerzos que hacía no podía convencerse de que aquello iba por él. Cada vez que decían «Clinton», pensaba que el asunto iba por otro. Pero desgraciadamente el cerco se iba estrechando en torno a su cabeza.

Tower había citado como testigos a los dueños de las dos cantinas. Éstos afirmaron haberle visto, pero afirmaron también que en ningún momento había negado llamarse Clinton. En cuanto a lo de cobrar un premio, para nada habían hablado de eso.

Luego se presentó el administrador de la rifa benéfica, también citado como testigo por Tower, en un vano intento de agotar todas las posibilidades de salvación.

El administrador negó rotundamente haber visto jamás al acusado.

Leslie se levantó como una catapulta. Estuvo a punto de saltar sobre él. Le llamó lo peor que en aquel momento se le pudo ocurrir, y la verdad fue que se le ocurrió bastante.

Entre cuatro hombres, entre ellos Tower, apenas bastaron para sujetarle.

Cuando Less fue obligado a sentarse de nuevo, estaba lívido. Pero conservaba el suficiente conocimiento para darse cuenta de que había cometido un error. Ahora no sólo tenía las pruebas en contra suya, sino que además se había convertido en antipático a los ojos de todo el mundo.

El juez cortó todo aquello.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo abruptamente—. Todos estos testigos han desfilado por aquí en un vano intento de la defensa para demostrar que el acusado no es el acusado, es decir que no se llama Clinton. He tenido paciencia hasta este momento, pero debo advertir que no toleraré más pruebas ni más testigos que insistan sobre ese punto. El acusado es Clinton, y no sólo lo afirmó ante mí personalmente, sino que aquí existe un papel en que lo dice. Por lo tanto pido al Jurado que considere demostrada la identidad del acusado.

Less se puso en pie. Trató desesperadamente de mantener la calma.

—Usted sabe que si me presenté en su despacho fue con la intención de cobrar un premio de diez mil dólares.

—Reconozco que dijo eso —afirmó el juez.

—Afirmé ser otra persona para poder cobrar —dijo Less—. He de confesar que hice mal. Pero ésa es la verdad más absoluta.

El juez movió dubitativamente la cabeza.

—Mintiendo no gana nada, amigo mío. Lamento ser duro con usted, pero he de decirle que además de ser un asesino es un miserable. Al menos podría tener la valentía de confesar su nombre.

Leslie Adams apretó los labios.

A sus oídos llegaba como una cosa lejana el griterío casi ensordecedor de los que llenaban la sala, insultándole.

—Siéntese… —bisbiseó Tower—. Nunca se levante sin consultarme antes. Ha cometido otro error.

Less se irguió. Dijo con voz rotunda:

—No me defenderé más. Hagan lo que quieran conmigo. ¡Condénenme a muerte dé una maldita vez!

Lo que ocurrió a continuación fue ya muy breve.

El fiscal afirmó que los hechos estaban probados y que el acusado debía ser condenado a muerte.

El defensor dijo que no podían condenar sin tener la absoluta seguridad de que el acusado fuera Clinton, y que para probarlo debieron haber traído algún testigo del condado vecino, donde Clinton había cometido verdaderamente su crimen.

De nada sirvió aquello.

El Jurado ni siquiera quiso retirarse a deliberar. Sus miembros decidieron que podían emitir su veredicto allí mismo.

El veredicto fue: «Culpable».

Y Leslie Adams, bajo el nombre de Clinton, fue condenado a muerte.

* * *

Veía un rayo de sol penetrar por la ventana de su celda y proyectarse sobre el suelo de baldosas. Jamás hasta entonces se había dado cuenta Les de que un rayo de sol pudiera ser tan hermoso.

Siempre le había gustado vivir al aire libre, gozar de la Naturaleza. Pero ahora, cuando iba a morir, todas las cosas

adquirían para él un matiz distinto.

Iban a ahorcarle en una ciudad desconocida, en un sitio donde jamás soñó que iba a tener su tumba.

Su ejecución había sido señalada para aquella misma tarde. Por lo visto no querían perder tiempo.

Pero Less ya estaba resignado. No quería protestar más. No deseaba luchar.

En aquel momento se abrió la puerta de su celda.

Less tuvo una nueva sorpresa al ver a otro desconocido allí. Y éste era un desconocido bastante sorprendente.

Resultaba un tipo pomposo, muy bien vestido, y con los dedos de sus manos convertidos en una auténtica constelación de brillantes.

Debía tener unos cincuenta y cinco años.

Less recordaba vagamente haberle visto durante el juicio, pero todas las escenas vividas entonces se le aparecían borrosas y como carentes de sentido.

Preguntó:

—¿Para qué viene a verme un tipo como usted, con pinta de millonario?

Entonces se fijó en los ojos de su visitante.

Eran unos ojos que destilaban odio.

Eran unos ojos que ya parecían verle colgado de la cuerda. Y disfrutaban con ello.

Les echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Monagan.

—Quisiera decirle que celebro conocerle. Pero ni lo celebro ni su nombre me dice nada.

—Soy el verdugo.

Les parpadeó, lleno de sorpresa.

—¿El verdugo con esa facha? Vamos, hombre, no me diga…

—No soy un verdugo profesional. Jamás he colgado a nadie, pero lo haré con usted.

—¿Quiere decir que será verdugo… sólo en esta ocasión?

—Sí. Sólo para colgarle a usted, Clinton.

—¿Por qué?

—Porque le odio como jamás he odiado a nadie. Y espero

colocar el lazo mal. Y hacer que muera poco a poco.

Less estaba demasiado aturdido para sentir indignación o miedo. Otra vez se enfrentaba a lo desconocido, a lo que no lograba entender. Otra vez sentía como si estuviese viviendo un sueño.

Pero, sin embargo, ahora le parecía tener también al alcance de su mano la solución del misterio.

Tower había obrado de buena fe. El juez también, pese a su severidad, porque tenía motivos sobrados para creer que él era Clinton. Los únicos que no habían actuado de buena fe, sino que formaban parte de un complot para llevarle a la horca, eran los dos dueños de las cantinas, los tipos que hablaron con él y el administrador de la rifa benéfica. ¿Y aquel hombre? ¿No podía ser aquel hombre el jefe de todos ellos?

Leslie susurró con una extraña calma:

—Usted y yo no nos habíamos visto nunca, señor Monagan.

—No.

—¿Por qué me odia entonces?

—¿Y aún tiene el cinismo de preguntarlo?

—Lo pregunto porque no lo sé.

—Debería escupirle a la cara, Clinton.

—Pues no lo haga y contésteme a esta pregunta: ¿Qué mal le he causado yo?

El otro a duras penas podía contener su ira. Daba la sensación de que en cualquier momento se lanzaría sobre el condenado para golpearle.

«Si lo hace le parto la cara —pensó Less—. ¡Pues sí que estoy yo ahora para aguantar bromitas!».

Monagan farfulló:

—¿No le dice nada mi nombre?

—No.

—Su cinismo es repugnante. Muy bien, no insisto más. Sólo quería ver de cerca su asquerosa cara, Clinton. Dentro de una hora escasa volveré a verla otra vez… ¡pero junto al patíbulo! ¡Y le estaré mirando toda la tarde después, cuando cuelgue con la lengua fuera!

Less se vio a sí mismo colgando de la cuerda. Se vio a sí mismo como había visto a Elaine.

La ida le cegó.

Fue como un terrible ramalazo de furia.

Se lanzó contra Monagan igual que si le hubiera impulsado un resorte. Sus manos buscaron ansiosamente el cuello del hombre que había de ejercer las funciones del verdugo.

Éste intentó liberarse, emitiendo un gruñido de sorpresa y de miedo, pero no lo consiguió. Y Less le hubiera roto el cuello en un par de minutos si en aquel momento no llega a abrirse la puerta de la celda.

Dos carceleros penetraron de un salto y sujetaron brutalmente a Less, quien aún logró propinar un terrible puntapié al vientre de Monagan.

A éste se lo llevaron aullando.

Pero Less, a quien golpearon varias veces con las culatas, hasta dejarle sin sentido, pensó que con aquello solo había logrado una cosa: sufrir más en el momento de su muerte.

Luego cayó pesadamente a tierra.

CAPÍTULO V

La hora había llegado.

Leslie Adams miró por última vez la ventana, el rayo de luz que aún acariciaba las baldosas.

Luego sonrió secamente.

Bueno, mejor terminar. Mejor terminar de una maldita vez.

La puerta se abrió.

Tres hombres aparecieron en el umbral. Uno era el *sheriff*; el otro, un guardián; el tercero, el abogado Tower.

Éste miró al condenado con una sonrisa que no tenía nada de alegre.

—Siento de verdad lo que está sucediendo, señor Clinton —dijo —. He venido para que usted no se sienta tan solo.

Less le estrechó la mano.

—Gracias, señor Tower. Es usted el único amigo que tengo en esta extraña ciudad. Pero lo que lamento es no poder pagarle sus servicios y encima tener que pedirle dos favores.

—¿Qué favores?

—Uno de ellos que cuide de mi caballo. Consérvelo usted. Es un magnífico animal y aprenderá a quererle pronto.

—Lo haré, muchacho. Sin duda que lo haré. ¿Algo más?

—Sí. No me llame «señor Clinton» desde este momento hasta que me cuelguen. En mis últimos momentos me gustaría, al menos oír mi verdadero nombre.

Tower le miró intensamente.

—Ahora creo de verdad que usted no se llama Clinton. Un hombre no miente cuando va a dar su último paseo.

Al *sheriff* no parecieron impresionarle ni poco ni mucho todas aquellas palabras.

Dijo al condenado que siguiera, y él se colocó a su espalda.

La comitiva salió al pequeño patio y atravesó el juzgado, para llegar a la calle principal de Waring.

Había allí una verdadera multitud, pero ésta formaba dos compactas filas. En el centro quedaba un ancho corredor que llevaba, en línea casi recta, a un árbol donde ya estaba preparado el lazo.

Allí estaba esperando Monagan, con un caballo.

Les tuvo que cerrar los ojos.

Iban a tener la crueldad de hacer que su propio caballo fuese el que le dejara colgado en el vacío.

Les apretó los labios.

Trató de hacerse fuerte.

Intentó no mirar la cara de Monagan, que sonreía al verle avanzar, y que cuanto más se acercaba él más ancha hacía aquella odiosa sonrisa.

La multitud guardaba un tremendo, un espectante silencio.

Era como si Less asistiera ya a su propio funeral. Y de pronto empezaron a ocurrir cosas, muchas cosas incomprensibles. Como en una atroz y loca pesadilla.

* * *

De pronto alguien lazó un grito histérico.

—¡Cuidado!…

Todos miraron en aquella dirección. Y vieron entonces algo que les heló la sangre en las venas.

La calle formaba una pendiente relativamente pronunciada hasta llegar al sitio de la ejecución. Había sido proyectada ya así desde el principio, para que durante las lluvias no se estancara el agua.

Pues bien, desde lo alto de la calle, alguien había hecho rodar a gran velocidad un carro de paja sin caballos. Un carro de paja que estaba ardiendo.

Como una bola de fuego, el vehículo fue ganando impulso mientras descendía. Dos pacas llameantes cayeron a los costados, y hubieran quemado vivas a otras tantas personas si llegan a atrapar a alguien.

La multitud se dio cuenta de que el carro se estrellaría contra ella. Y de que al menos una docena de personas morirían

achicharradas.

Un grito largo, frenético, se escuchó de un lado a otro de la calle.

La multitud se dispersó en todas direcciones, en medio de una brutal confusión.

Y uno de los que más confusos estaban era el propio Leslie Adams.

No entendía aquello.

De pronto, por si la confusión no fuera aún bastante, empezaron a sonar los disparos.

Eran terriblemente certeros.

Parecía como si tirara una legión de diablos.

El *sheriff* cayó, llevándose ambas manos a la cara y emitiendo un grito de dolor.

También cayó el ayudante.

Ahora el que lanzó un grito fue Leslie Adams.

¡Porque alguien más acababa de caer! ¡Porque acababa de ser alcanzado Tower!

Las balas no perdonaban a nadie. Ni una, sola de ellas se perdía en el vacío.

¡Y le respetaban a él!

¡Todo aquello lo hacía alguien para salvarle!

Less se inclinó sobre Tower, pero desgraciadamente ya nada podía hacer por él. Estaba muerto. Una bala de increíble precisión acababa de atravesarle el cráneo.

En aquel momento, el carro de fuego pasó como una exhalación. La multitud se había dispersado. Las pacas de paja se dispersaron por todas partes, pero milagrosamente no alcanzaron a nadie.

Sin embargo, el extraño «espectáculo» no había hecho más que empezar.

De pronto otro carro, éste con caballos y dirigido por un hombre, descendió la calle a fantástica velocidad. Se dirigía en línea recta hacia donde estaba Less.

Éste se guió solamente por instinto. No pensó. Fueron sus músculos los que actuaron sin que su mente trabajara.

Aquel carromato venía hacia él. Sin duda trataba de salvarle. Llegaría allí en unos segundos.

Les tensó sus músculos… ¡y saltó!

Si en aquel momento alguien hubiera conservado la necesaria serenidad, habría podido matarle fácilmente. La movilidad de Less tenía que ser forzosamente muy limitada durante aquellos terribles segundos.

Pero nadie pensó en el condenado, sino en salvar su propia piel. Cuando los primeros revólveres aparecieron, Leslie Adams ya se había sujetado al carromato, partiendo a enorme velocidad. La multitud comentó a rugir.

Sonaron tres disparos.

Leslie había trepado ya del todo al carromato, que era ligero y de caja plana.

Las balas pasaron muy altas.

El tipo que estaba al pescante se volvió.

—¿Estás bien?

En aquel momento sonó un nuevo disparo. Y de la garganta de Less escapó un grito de horror.

La bala, sin duda de un rifle «Sharp» calibre pesado, acababa de destrozar la cara de aquel hombre.

La había partido en dos.

Otra vez fue el instinto lo que guió al joven, sin que su pensamiento interviniera.

Da un ágil salto, se lanzó hacia el pescante. El muerto aún continuaba sujetando las riendas. Pero en aquel momento el carro dio un bandazo y aquel cuerpo inerte salió despedido por la izquierda.

El joven se inclinó sobre el pescante. Dejó las riendas flojas. Los caballos, enloquecidos por la visión de las llamas y por los disparos, estaban desbocados completamente. Aquello significaba que o el carromato quedaría volcado o que nadie podría alcanzar a aquella especie de bólido.

A Less le sucedía lo qué le había ocurrido ya varias veces desde que avistó aquella ciudad: creía estar viviendo un sueño, creía que aquello no iba por él.

Quizá fue eso lo que le dio tan sorprendente serenidad. Lo que le hizo dominar a los caballos para que éstos, sin perder velocidad, siguieran un rumbo fijo.

Trataría de llegar a las montañas, aunque sin duda saldría una verdadera multitud a despedirle.

En efecto, eso fue lo que ocurrió, pero los habitantes de Waring tenían que luchar contra una doble desventaja, por un lado su propio asombro y su propio miedo, ya que no sabían si los disparos iban a continuar. Por otro lado, nadie tenía allí su caballo, ya que se trataba de presenciar una ejecución a pie.

Unos minutos preciosos fueron perdidos por los futuros perseguidores, quienes además tenían que preocuparse de apartar la paja llameante de las casas, para que no se produjera un fatal incendio. Cuando los primeros caballos estuvieron listos, el carromato ya se había perdido de vista.

Leslie había llegado entretanto a una zona de espesos matorrales, por el que el carromato seguía rodando a enorme velocidad.

Sin embargo se dio cuenta de que, pese a su ventaja, los caballos de sus perseguidores irían ganando terreno en cuanto los grupos se organizasen. No llegaría a las montañas, y además faltaban bastantes horas pera que cerrase la noche.

Sólo tenía una posible solución, y decidió intentarla.

Fustigó a los caballos rabiosamente, dejando las riendas libres, hasta que los animales se desbocaron de nuevo.

Entonces saltó sobre una zona de tierra relativamente blanda.

Dio varias vueltas sobre sí mismo y quedó tendido cara al cielo, con la sensación de que se habían roto todos los huesos de su cuerpo.

Pero no se había roto nada. Less era de los que saben caer. Simplemente le dolía desde los hombros hasta las rodillas; no era para menos, después de la sacudida que acababa de sufrir.

Se puso en pie y corrió.

Todos sus músculos respondían perfectamente. Vio que el carromato se perdía a lo lejos, siempre en disección a las montañas. A distancia era imposible saber si iba o no iba un hombre al pescante.

Leslie confiaba en que sus perseguidores creerían que él continuaba en el carro.

Se alejó a pie hacia las montañas, corriendo infatigablemente, oculto por los altos matorrales.

Veía unos puntitos a enorme distancia. Eran sus primeros perseguidores, que debían sentirse como perros rabiosos. Pero si

seguían el carromato, él podía considerarse a salvo.

Se detuvo unos instantes para tomar aliento y para comprobar la dirección que seguían sus enemigos.

Éstos fueron tras el carromato, que debían ver como una mancha borrosa en la lejanía.

Leslie suspiró.

El carromato iba hacia el norte; él siguió en dirección oeste, alejándose, por tanto, cada vez más de sus enemigos.

Estuvo corriendo de una forma brutal, sin concederse un descanso, sin recuperar aliento, hasta que llegó al laberinto que formaban las altas montañas.

Allí quedó unos instantes quieto, destrozado, en posición completamente vertical, como una torre que va a derrumbarse.

Y cayó sin sentido.

CAPÍTULO VI

No supo cuánto tiempo había permanecido así. Su fatiga era total. Sus nervios estaban destrozados.

Cuando despertó, se insinuaban ya unas leves luces en el horizonte. Estaba amaneciendo.

No se oía el menor rumor en torno suyo. Era como si viviese en un mundo deshabitado.

Leslie se dio cuenta de que no le dolía nada. Pero tenía una horrible sed.

Le pareció escuchar el rumor de un arroyuelo.

De una forma mecánica, se arrastró en la dirección en que sonaba aquel sonido.

Vio efectivamente el agua. Era límpida y cristalina, porque parecía llegar de un alto glaciar de las montañas. Inclinándose sobre el surco líquido, fue a beber con avidez.

Nunca se había sentido tan sólo como en aquel momento. Parecía no haber nadie en muchas millas a la redonda.

Introdujo los labios en el agua, pero no llegó a beber más que un solo sorbo.

En aquel momento una voz dijo sobre él:

—¿Por qué no bebes cómodamente en un vaso, amigo? Yo puedo ofrecértelo.

Leslie se volvió repentinamente, mirando hacia arriba, con la expresión del que cree estar alucinado.

Y vio que, efectivamente, una mano le tendía un vaso de metal.

Pero otra le apuntaba con un revólver.

* * *

Los tres individuos que ahora estaban cerca de él, mirándole y apuntándole con sus armas, eran desconocidos.

También lo era el que acababa de hablarle.

Sin duda le habían estado mirando mientras dormía, esperando tranquilamente a que despertara.

Parecían no tener prisa.

Leslie se llevó una mano a la cara, mientras se ponía en pie poco a poco.

—Bueno —susurró—. Esto tenía que suceder. Había tenido demasiada suerte hasta ahora.

Los cuatro hombres se distanciaron un poco. Seguían apuntándole con sus revólveres.

—¿Cómo escapaste? —preguntó uno de ellos.

—Alguien me ayudó.

—¿Quién?

—No lo sé.

El que le hablaba enarcó las cejas con asombro.

—¿No lo sabes?

—Ésa es la pura verdad. Ni siquiera llegué a verlos.

—Al que iba en el carromato sí. A ése sí que tuviste que verle por fuerza.

—En efecto, pero era un desconocido.

—Lo que dices no tiene sentido.

—¿Tiene sentido algo de lo que me ha estado sucediendo desde que llegué a esta ciudad?

El hombre que estaba más cerca se encogió de hombros.

—Vuélvete de espaldas.

—No queréis que esta vez escape, ¿eh?

—No escaparás.

Le ató sólidamente las manos. La verdad era que, por otra parte, Less tampoco tenía demasiado interés en huir. La agotadora carrera no había servido para nada. Al fin y al cabo habían dado igualmente con él.

—Podéis estar tranquilos —murmuró—. No voy a intentar nada. Estoy lo que se llama hecho cisco.

—Procuraremos no cansarte demasiado. Hemos traído caballos.

El joven reconoció que sus enemigos se estaban portando muy correctamente con él Después de lo que había ocurrido, lo lógico

era que le hubiesen matado a golpes allí mismo.

Uno de los desconocidos se alejó y regresó al cabo de unos minutos con cinco caballos que habían estado quietos a poca distancia, tras unas rocas.

Leslie fue ayudado a montar.

—He de reconocer que os portáis con mucha cortesía —murmuró el joven—. No lo esperaba.

Nadie contestó.

—¿Qué va a ocurrir en la ciudad? —preguntó Less—. ¿Me ahorcaréis como pensabais hacer ayer o quizá simplificaréis las cosas pegándome cuatro tiros?

Nadie contestó tampoco.

Salieron del laberinto de las montañas, donde la tarde anterior apenas había penetrado Less. La ciudad estaba muy lejos, a unas cinco millas de distancia, en dirección sudeste.

El joven dio por descontado que seguirían por allí. Incluso dirigió a su caballo con las rodillas.

Pero tuvo una violenta sorpresa cuando vio que sus aprehensores seguían otro camino.

¡Se alejaban de la ciudad!

* * *

Leslie Adams sintió que se le cortaba la respiración. La sorpresa fue de las que le dejan paralizado a uno.

—¿Adonde vamos? —masculló.

—Por allí.

—¿A través de las montañas?

—No preguntes tanto.

Leslie Adams había estado sufriendo tantas sorpresas últimamente que su capacidad de asombro ya estaba agotada. De modo que inclinó la cabeza sobre el pecho y se dejó conducir.

Estuvieron avanzando toda la mañana, siempre alejándose de la ciudad de Waring.

No se veía ni rastro de los perseguidores. Sin duda la treta del carro les había desorientado por completo.

Al fin llegaron a un caserío situado al otro lado de la cordillera. Todo seguía tan tranquilo y apacible como si allí no hubiera sonado un disparo jamás.

El hombre que iba delante indicó:

—Alto.

Todos se detuvieron. Y Les tuvo una sorpresa más cuando uno de los desconocidos se acercó para desatarle las manos.

—No hemos hablado mucho —murmuró Less—, pero todo lo que hacéis es muy extraño. ¿Por qué esto ahora?

—¿Sabes cómo se llama esa pequeña ciudad?

—No.

—Se llama Lank.

—¿Y qué?

—Vas a entrar ahí como si no fueras un prisionero. Como si fuésemos simplemente un grupo de amigos.

Leslie parpadeó.

—¿Para qué?

—Por una razón bien sencilla —murmuró el que le hablaba—. Porque lo que vas a hacer es un acto voluntario. Y porque ha de parecer que lo haces muy a gusto.

—¿Y qué es eso tan importante que tengo que hacer?

El hombre dijo lentamente:

—Casarte.

CAPÍTULO VII

Todo el cuerpo de Less sufrió una sacudida.

Después de la cadena de sorpresas que acababa de sufrir, aquélla ya llegaba al colmo. Estuvo a punto de pedir a aquellos tipos que no le complicasen más la vida, que le clavaran cuatro balas en la cabeza y terminaran aquello de una vez.

Pero no parecían dispuestos a eso, sino a todo le contrario.

Le ofrecieron un trago.

—Para casarse, como para morir, hay que estar animado —dijo aquel individuo.

—¿Pero con quién infiernos he de casarme? —susurró Less.

—Ya lo verás.

Penetraron en la pequeña ciudad, que estaba absolutamente tranquila. Parecían, en efecto, a los ojos de cualquiera que no los conociese, un grupo de amigos.

—Allí —musitó uno de los tres hombres.

Señalaba el edificio del juzgado.

—¿Es que estamos ya en el condado vecino? —preguntó Less.

—Sí. La línea divisoria entre los dos condados pasa por en medio de la cordillera.

—Pero a mí, es decir a ese caballero llamado Clinton, lo persiguen en todo el estado. De modo que en cuanto ponga los pies en ese lugar, me preparan para afeitarme.

—Eso no sucederá. El juez es un vejete que no se entera de nada. Nunca ha leído una orden de detención.

Ahora fue Les quien se encogió de hombros. Ya no le importaba nada de lo que pudiese ocurrir. En cierto modo, su vida no le pertenecía.

Había visto muerta a Elaine. Había visto morir a Tower, el único

hombre qué trató de ayudarle desinteresadamente.

El grupo se detuvo ante el juzgado y los hombres descabalgaron. Algunos transeúntes les miraron con curiosidad, pero eso fue todo. De pronto, se encontró Less dentro de la sala.

Estaba visto que aquella etapa de su vida iba a desarrollarse entre salas de juzgado. Y en cada una de ellas había de aguardarle, al parecer, una sorpresa.

Vio que, en efecto, había un vejete detrás de una mesa. Sin duda era el juez.

También había allí una mujer, pero ésta sentada de espaldas en una silla. Un espeso velo negro, además, le cubría la cara.

No podía apreciarse si era vieja o joven, bonita o fea. No podía apreciarse tampoco si las líneas de su cuerpo resultaban tentadoras o, por el contrario, eran como para largarse al Canadá a toda velocidad, ya que una especie de capa caía desde sus hombros al suelo, cubriéndola por completo.

El juez levantó la mirada.

—Vaya, vaya… —dijo con una risita cascada—. Ya llegó aquí el novio. Y trae testigos.

Leslie Adams se adelantó hasta llegar al nivel de la mujer, pero no la miró siquiera.

Los cuatro hombres se aproximaron a él.

No decían una palabra, pero sin duda eran unos «testigos» muy especiales. Les estaba perfectamente convencido de que le descerrajarían media docena de balas si no decía a todo que sí.

El juez salió de detrás de su mesa y se acercó dando saltitos. Tuvo que colocarse casi debajo de la mandíbula de Less para verle bien.

—De modo que es usted el novio, ¿eh? ¡Vaya, hombre! ¡Le felicito! ¿Está contento?

—No lo sabe usted bien, amigo.

—¿Se llama Charlie Clinton?

Les meditó en el nombre que había dado en el juzgado de Waring. El allí había inventado el nombre de John, cuando resultaba que el verdadero Clinton le llamaba, por lo visto, Charlie. Pero lo mismo daba ahora ya. En Waring tampoco conocían el nombre de pila del tipo a quien habían condenado a muerte.

—¿Por qué calla? —insistió el juez—. ¿Se llama usted Charlie

Clinton o se llama Abraham Lincoln?

—Sí, sí… Me llamo como usted dice.

Less estaba realmente mareado.

Lo mismo le importaba todo.

Creía tener ante los ojos de nuevo la imagen de Elaine colgando de aquella cuerda. Y la imagen de Tower mirándole con asombro en el momento de morir, como en una postrera acusación de culpabilidad.

—¿Es soltero?

—Sí.

—¿Quieres casarte, según las leyes de este Estado, con la señorita aquí presente?

Less no la miró tan siquiera. Lo que hizo fue mirar al hombre que casi insensiblemente, se había ido situando a su izquierda.

Éste le indicaba, con leves y amenazadores gestos afirmativos, lo que tenía que decir.

—Sí —murmuró Les.

—Llevará los anillos, supongo.

De pronto aquel individuo de su izquierda extrajo de uno de sus bolsillos dos alianzas de oro y se las entregó con una sonrisa. Por lo visto, habían pensado en todo.

—Póngale el anillo a su prometida y que ella haga lo propio con usted.

Les obedeció. Su «prometida» tenía la mano suave y fina. En cuanto a la cara, seguía permaneciendo casi invisible a causa del espeso velo que la cubría.

Leslie Adams le puso el anillo sin demasiado interés. Ella hizo lo mismo, con un frío y hábil movimiento.

El juez agarró el libraco.

Leyó dos o tres artículos de la ley de aquel Estado, de los cuales el joven dedujo que el matrimonio era una cosa muy seria y que, en caso de zafarrancho de combate, a él le tocaría siempre perder, porque la mujer tenía derecho a ser amada, respetada, protegida, alimentada, vestida, divertida y no sabía cuántas cosas más. A cambio de todo eso —según reclamó el juez solamente—, el marido tenía derecho a ser enterrado piadosamente cuando muriera y a que la viuda le guardase un año de luto, excepto si el año era de mala cosecha y no podía alimentarse por sí misma, pues en ese caso tenía

el derecho a buscarse *ipso facto* otro hombre que la mimara, la protegiera, etc., etc, etc…

El juez terminó:

—De modo, amigo mío, que ya ve que hace un magnífico negocio. ¿Alguien tiene impedimentos contra este matrimonio?

Nadie abrió la boca. Naturalmente, los muy zorros que estaban atrás callaron como muertos.

—Entonces, a la una…, a las dos… ¡Ya está! ¡Os declaro marido y mujer!

Todo había ocurrido como en una subasta. Leslie estaba «adjudicado» a aquella mujer de la que ni siquiera sabía el nombre, ya que los documentos habían sido preparados sin duda poco antes, mientras él se encontraba camino hacia allí.

Los cuatro tipos que le habían apresado se acercaron a él y le palmearon la espalda.

—¡Vaya, hombre, felicidades!

—¡Qué suerte tienes!

—¡Te llevas una mujer chipén!

Leslie preguntó en voz baja:

—¿Puedo saber, al menos, qué significa todo esto o está prohibido preguntar?

—Significa que estás casado. Y será mejor que pases a esa otra habitación para besar a la novia.

Señalaban una puerta contigua. El juez lanzaba risitas cascadas mientras se frotaba las manos.

La puerta fue abierta.

Leslie pasó al interior en compañía de la mujer. Estaba seguro de que ésta, hasta aquel momento, no le había mirado tampoco ni una sola vez.

No sólo era la boda más extraña que había visto en su vida, sino también la situación más incomprensible a que se enfrentó jamás. ¿Qué quería ella? ¿Quién era, al menos, aquella mujer que se casaba con un hombre sin mirarle a la cara, guiándose solamente por su nombre?

La puerta se cerró a sus espaldas.

De repente, ella le miró.

Y lanzó un breve gemido.

* * *

Leslie Adams, que se había apoyado en la hoja de madera, preguntó con ademán resignado:

—¿Qué te ocurre ahora, hermanita? ¿No ha terminado de gustarte la boda? ¿Quieres que repitamos?

—¡Tú no eres Charlie Clinton!

El suspiró.

—¡Menos mal que encuentro una persona con sentido común! ¡Gracias a Dios!

—¡No eres más que un usurpador!

—Pues el «usurpar» la personalidad de ese tal Clinton no me ha dado más que disgustos, de modo que te lo regalo. Y ahora podrías levantarte de una vez ese condenado velo, Me gustaría, al menos, verte te cara.

Ella no hizo caso. Por el contrario, gritó:

—¡Jeffrey!

La puerta se abrió bruscamente, venciendo la resistencia que oponía la espalda de Les.

Jeffrey era uno de los hombres del grupo. Era el que había dicho poco antes lo que tenía que hacer.

—¿Podemos terminar ya con él? —preguntó, tranquilamente.

Less parpadeó.

—Ah… De todos modos, pensabais acabar conmigo, ¿no?

—Después de la ceremonia ya no servías para nada —aseguró Jeffrey—, pero hemos tenido la cortesía de dejar que te despidieras de tu mujercita. Hala, adelante.

—¿Adelante para qué?

—Puedes imaginarlo. De modo que no hagas tantas preguntas y sal de aquí. Por esa puerta.

Le señalaba una distinta de la que Less había empleado para entrar.

El joven no perdió tiempo. Había llegado ya al límite de lo que podía tolerar. De modo que dio media vuelta rapidísima y se encaró con su enemigo.

Su puño derecho salió disparado con la fuerza de una catapulta. Encontró en su camino el mentón de Jeffrey.

Se oyó un chasquido de huesos y el pistolero cayó hacia atrás lanzando un sordo gruñido. Soltó el «Colt» y Less trató de sujetarlo.

Lo tuvo casi al alcance de los dedos.

Pero la desconocida impidió que lo recogiera. De un hábil puntapié lo envió lejos.

Antes de que Less pudiera reaccionar, ya otro de los pistoleros había entrado en la habitación. Movió rápidamente su revólver y propinó un culatazo a la nuca del joven.

Éste ya había recibido muchos impactos últimamente. Y cuando a uno le «ablandan» de esa manera, o se resiste todo o se cae en un soplo. Leslie emitió un gruñido mientras se le doblaban sus rodillas, pero aún pudo resistir. Trató de contraatacar y en ese momento su enemigo, mucho más entero que él, le propinó otro culatazo, pero ahora en la frente, haciendo que brotara un denso chorro de sangre.

Ésta cegó por un momento a Less, quien tuvo que inclinar la cabeza y tratar de restañar aquel chorro de sangre con sus manos.

En el ínterin, Jeffrey había recuperado su revólver; ya eran dos los que le apuntaban.

No tenía ninguna posibilidad de huir.

El juez, mientras tanto, había oído desde la habitación contigua el ruido de los golpes.

Emitió otra de sus cascadas risitas.

—Es el primer caso —gruñó.

—¿El primer caso de qué?

—Nunca he oído a una mujer que atizara a su marido tan pronto. Normalmente esperan hasta después de la noche de bodas.

Uno de los pistoleros le entregó una moneda de cien dólares oro.

—Tome, mequetrefe. Y haga con mucho cuidado el certificado de esa boda. Es importante.

—¡Caramba! ¡Por ese dinero, si quiere le caso a usted gratis con mi mujer!

—¡Qué más quisiera usted, caramba! Y ahora, recuerde lo que le he dicho: tenga mucho cuidado con los datos de esta boda.

El juez lo prometió.

Luego, los otros pistoleros pasaron también a la habitación contigua.

Leslie Adams miraba burlonamente los revólveres que le apuntaban, pese a saber lo que aquello significaba: iban a eliminarle, y su situación no tenía solución.

Pero no iban a eliminarle allí. Lo harían en cualquier sitio donde

nadie les viese.

Jeffrey le indicó de nuevo la puerta.

—Sal por ahí.

—Antes quisiera pedir un favor a esa «señora».

La miraba fijamente. La voz de la desconsolada sonó, extrañamente agradable, debajo del velo.

—¿Qué favor quiere pedirme?

—¿Por qué no me ha mirado ni un momento durante la ceremonia? ¿Por qué no se ha enterado hasta ahora de que yo no era yo?

—Porque estaba segura de que se trataba de Charlie Clinton. Y me daba tanto asco, que no quería ni mirarle.

—Charlie Clinton le daba asco… ¿Por qué?

—Eso es asunto mío. ¡Y dígame de una vez qué favor quiere pedirme!

—Verle la cara. Verle la cara una sola vez, antes de que me maten.

La voz de la mujer sonó otra vez extrañamente armoniosa.

—Es un deseo muy razonable.

Se alzó el velo poco a poco, descubriendo el rostro.

Less pensaba: «Seguro que es tuerta. ¡Cuando se tapa la cara de ese modo…! Bueno, al fin y al cabo, esto lo mismo da…».

Pero de pronto, quedó con la boca abierta.

¡Mil diablos! ¿Aquélla era su mujer?

¿Cómo era posible que existiese una maravilla semejante?

¿Y cómo una mujer así, que podía tener los hombres a patadas, necesitaba casarse a punta de revólver?

Ella susurró:

—¿Satisfecho?

—Sí —dijo tristemente Less—. He de reconocer que es usted más guapa que la chica más guapa que hasta ahora había conocido.

—¿Cómo se llamaba esa chica?

—Elaine. Ahora está muerta.

—Lo siento por ella —dijo la desconocida.

Y dejó caer otra vez el velo sobre su cara, antes de ordenar secamente a sus hombres:

—¡Lleváoslo!

Los cañones de los revólveres empujaron a Les hacia la puerta,

dando salida a una zona donde no había casas y que llevaba simplemente a campo abierto.

Uno de los pistoleros fue a buscar los caballos. Luego, el grupo montó en silencio.

Leslie sabía que dejaba atrás a la mujer más extraña, más incomprensible que había conocido en su vida entera.

Una mujer que, al fin y al cabo, había decidido su muerte.

¿Por qué?

Si había algo que Less odiara en la vida era la crueldad innecesaria, el ensañarse con quien no había cometido ningún delito. Y eso era lo que había hecho aquella mujer: ensañarse. Primero le obligaba a una boda sin sentido. Luego hacía que lo baleasen entre cuatro pistoleros.

Leslie Adams se juró a sí mismo que se vengaría de aquella mujer.

De pronto lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jeffrey.

—De mí mismo —confesó el joven—. Estaba pensando que me vengaría de esa mujer. ¿Pero cómo hacerlo? Vosotros me liquidaréis antes cien veces.

—De eso puedes estar seguro.

—¿Puedo saber, al menos, cómo se llama ella? En la boda el juez no ha pronunciado su nombre, sin duda porque daba por descontado que yo la conocía.

—Ella se llama Marta.

—Y es mi esposa… —murmuró Less—. Tiene gracia.

Pero no. La situación no tenía ninguna gracia, y era inútil que él tratara de animarse a sí mismo. Simplemente iba a morir. La única duda que podía tener era cuánto pensaban tardar aquellos tipos en matarle y qué lugar elegirían para ello.

Avanzaban por un terreno pedregoso y que iba en constante ascenso. Se trataba de otro ramal de la cordillera que habían atravesado ya aquella misma mañana.

El paisaje iba siendo más y más agreste, y no se cruzaban con nadie.

Leslie se dio cuenta de que la ejecución no iba a tardar en producirse. Aquellos tipos estaban buscando simplemente un lugar lo bastante recóndito para que nadie pudiese verlos.

Al fin se oyó la voz de Jeffrey.

—Detente.

Se encontraban ante una gran pared de basalto, donde el camino terminaba. Aquella pared era como el muro junto al que ponen a un condenado a muerte.

Los cuatro, hombres se habían situado a su espalda.

Y otra vez se oyó la voz de Jeffrey:

—Reza.

Les masculló:

—No quiero morir de espaldas. Quiero morir de cara.

—Peor para ti. Vuélvete.

El joven hizo girar a su caballo. Y, de repente, muerto por muerto, inició una maniobra suicida.

Se dejó caer de la silla, pegándose materialmente al costado del caballo, pero por el lado opuesto a aquél en que se encontraban sus enemigos. De ese modo, el cuerpo del animal quedó entre él y los revólveres.

Éstos ladraron instantáneamente.

Todas las balas pasaron altas, menos un plomo que arañó la silla. El movimiento de Less había sido tan rápido, que sus enemigos quedaron desorientados en el primer instante.

El caballo se encabritó, lanzando un relincho.

Lo peor, pensó Less, sería que girase sobre sí mismo y lo pusiera de cara a sus enemigos, pero eso no sucedió. Al contrario, lo que el caballo hizo fue partir al galope.

Jeffrey lanzó una maldición.

—Debimos hacer que se apeara —masculló.

Apuntó a la cabeza del animal fríamente.

Sonó un disparo y el caballo pareció sufrir un calambre. Les adivinó que iba a quedar al descubierto.

Saltó.

Su cuerpo rodó por las piedras hasta el borde de una hondonada. No lo pensó ni un segundo y se dejó caer por ella.

Sus cuatro enemigos picaron espuelas.

Llegaron hasta el borde de la hondonada en un instante. Leslie ya se había agazapado unas yardas más abajo, entre dos piedras que lo ocultaban completamente.

Jeffrey masculló:

—Vamos allá.

—Los caballos resbalarán.

—Pues bajemos a pie.

Aunque no veían a su enemigo, sabían la zona ea que tenía que encontrarse.

Leslie miró en torno suyo, sin alzar la cabeza. Para descender un poco más, tenía que descubrirse. Y oía ya las pisadas de los cuatro pistoleros que se acercaban lentamente, dos por cada lado.

Sujetó una gruesa piedra que estaba junto a su mano derecha.

Tensó todos sus músculos, con esa energía que sólo da la desesperación.

Calculó por el sonido que el enemigo más próximo venía por su izquierda. Los tres restantes estaban unos pasos más allá.

Los pasos ya casi sonaban junto a él.

Debido a lo accidentado del terreno, sus enemigos no le habían visto aún. Podían tardar ocho segundos, diez…

De pronto, alzó la cabeza y disparó la piedra con la rapidez de un disparo. El hombre que ya estaba prácticamente encima la recibió en mitad de la frente.

El impacto fue brutal. Les había arrojado el proyectil con todas sus fuerzas. El forajido lanzó un alarido, mientras caía hacia atrás, soltando el revólver.

Less dio un salto en el aire. Sujetó el «Colt» con la mano izquierda. Pero estaba al descubierto y sus enemigos podían verle y apuntarle desde poca distancia.

Uno de ellos reaccionó antes que los otros, que parecían paralizados por la sorpresa. Less sintió como si una línea de fuego atravesara sus entrañas.

Pero ya tenía un revólver en la izquierda y en sus ojos brillaba un fanático deseo de morir matando. Incluso se encontraba en posición ligeramente más ventajosa que la de sus enemigos, ya que éstos se hallaban de pie, ofreciendo un blanco completo, mientras que él, tendido en tierra, resultaba algo más difícil de batir.

Apretó el gatillo frenéticamente. Uno de los pistoleros recibió plomo en la mandíbula y cayó hacia atrás lanzando un alarido.

Los otros dos se dejaron caer a tierra también, mientras apretaban los gatillos sin apuntar, pensando solo en cubrirse.

Leslie pegó la cabeza al suelo.

El duelo se había estabilizado. Aunque eran dos contra uno, su situación no resultaba tan desesperada como antes.

No disparó. El no podía permitirse el lujo de fallar una bala, porque sólo tenía las que hubiera en el cilindro del revólver.

Cuatro plomos.

Su enemigo había disparado una vez, a lomos del caballo, y Less otra. Sólo economizando balas podía tener alguna posibilidad de sobrevivir.

Jeffrey y su compañero le bombardearon al principio rabiosamente, con la esperanza de alcanzarle. Más tarde, al darse cuenta de que Less estaba muy bien cubierto, decidieron dividirse y atacar uno por cada flanco.

Eso significó que uno de ellos tuvo que moverse. Aunque lo hizo con precaución, el rodar de las piedras, delataba su avance.

Leslie Adams, sin moverse, apuntó hacia un punto determinado. Daba por supuesto que su adversario iba a pasar por allí.

Y no se equivocó.

Unos segundos después vio la cabeza de su enemigo. Éste miró hacia allí y se encontró ante el negro ojo del revólver.

Trató de retroceder, chillando, pero ya no tuvo tiempo.

Todo su cuerpo quedó espantosamente flácido al recibir la bala en mitad de la cabeza.

Jeffrey había quedado solo. Sintió que la boca se le quedaba seca y que le era difícil respirar.

Uno de sus hombres, el que había recibido la pedrada en la frente, quizá no estaba muerto. Pero en todo caso había perdido el sentido y tardaría en recobrarlo.

Jeffrey debería arreglárselas solo.

Empleó ahora la táctica de Less, guardando un silencio absoluto. Sabía que Less estaba herido y que quizá no podría resistir mucho tiempo.

El joven, por su parte, dejó que su cuerpo se relajara unos instantes. La tensión había sido insoportable y todos los músculos le dolían.

La bala le había atravesado de frente entre dos costillas, algo por debajo del corazón, saliendo por la espalda. No debía haberle atravesado el pulmón izquierdo, porque Less no tenía apenas hemorragia. Pero ignoraba lo que sucedería cuando se pusiera en

movimiento, ya que hasta ahora había podido permanecer quieto.

Con todos los sentidos alerta, aguardó.

No se oía nada. Parecía como si los hombres que habían llegado a aquel paraje solitario estuvieran todos muertos.

Transcurrieron cinco minutos, diez… La tensión se hacía insoportable lo mismo para Less que para Jeffrey. Éste se decidió al fin, incapaz de soportar por más tiempo aquel silencio.

Había calculado también que a Less le quedaban tres balas, y pensó que quizá, con un poco de suerte, podría obligarle a gastarlas.

Dio un salto cambiando de posición rápidamente. Less, pillado por sorpresa, no supo reaccionar a tiempo, y cuando disparó su enemigo ya estaba de nuevo a cubierto. Una bala perdida.

Lanzó en voz baja una imprecación.

Desde su nuevo puesto, Jeffrey empezó a cañonearle, con la esperanza de obligarle a responder al fuego. Pero Less no cayó en la trampa y permaneció silencioso.

Se sentía cada vez más débil.

Su enemigo cambió nuevamente de posición, saltando a un lugar más cercano. Otra vez Less, a pesar de que estaba atento, fue incapaz de seguir la rapidez de los movimientos de Jeffrey. La penúltima bala que poseía se perdió.

Jeffrey lanzó una carcajada.

—Tiene que quedarte un solo plomo, Clinton. ¿Por qué no lo empleas en volarte tú mismo la cabeza?

—Si quieres mi piel tendrás que venir a por ella, Jeffrey. Yo no te voy a dar facilidades.

—Has matado a tres de mis hombres… ¿Es que aún tienes la más leve esperanza de que te deje con vida?

—Yo no te pido tu opinión, Jeffrey. Sólo te digo que vengas a buscarme.

Jeffrey se decidió.

La última bala… Sólo tenía que hacerle disparar en falso una vez más…

Lanzó una piedra, para simular que se movía, pero Less no cayó en la trampa.

Otra vez los dos hombres permanecieron en silencie durante cuatro interminables minutos.

Less se daba cuenta de lo que su adversario quería destrozarle

los nervios. Hacer que no pudiera precisar el tiro cuando necesitase gastar su última bala.

Y de repente Jeffrey saltó. Ahora corrió hacia él, disparando como un loco.

Leslie alzó la cabeza. En ese momento trágico tuvo más serenidad de la que él mismo esperaba. Intentó pensar: «Haga lo que haga me alcanzará». Uno tiene más serenidad cuando todo está perdido que cuando aún le anima un rato de esperanza.

Apretó el gatillo. Una de las balas de Jeffrey se estrelló contra la piedra en la cual se apoyaba ahora la cara de Less. Varias esquirlas de plomo se clavaron en una de sus mejillas, haciéndole lanzar un grito de dolor. Pero más intenso y más angustioso fue el grito que lanzó Jeffrey.

La bala le había atravesado el corazón. Penetrando de abajo arriba, su trayectoria era mortal.

Cayó a menos de dos pasos de Less.

Aún levantó el revólver, en un último esfuerzo, intentando volar la cabeza de su enemigo. Less se dio cuenta de que no tendría tiempo de moverse. Con ojos fanatizados, miró el cañón del revólver, por el cual había de venirle la muerte.

De pronto los ojos de Jeffrey quedaron absolutamente en blanco. Su mano derecha se relajó, soltando el revólver.

Leslie Adams hundió la cabeza.

Aún no podía creer que estuviese vivo. Necesitó permanecer varios minutos quieto, respirando lentamente, hasta que otra vez se encontró un poco dueño de sí mismo.

Al ponerse en pie, sintió un terrible pinchazo.

Menos mal que la bala había salido por la espalda, y así no debía tener miedo a que el proyectil, al moverse, le alcanzara todavía algún punto vital. Pero necesitaba que alguien le curara, porque si perdía el sentido se exponía a no recobrarlo más.

Avanzó hacia uno de los caballos, que no se habían alejado demasiado. Notó que, al ir moviéndose, la herida le dolía algo menos.

Cuando pudo montar, se dirigió a poca velocidad hacia la población de donde habían salido. Un sombrío pensamiento cruzaba su cabeza.

Porque en estos momentos solamente tenía una idea: vivir. Vivir

para la venganza.

CAPÍTULO VIII

Se detuvo ante la puerta por la que le habían sacado poco antes. En aquel lado de la casa no se veía a nadie.

La abrió y pasó a la habitación que ya conocía. Desde allí pasó a la sala principal del juzgado.

Less puso la mano derecha sobre la extensa mancha de sangre que había en su camisa, tratando de disimularla.

El juez vejete estaba allí. Ordenaba una colección de dibujos en los que aparecían diversas señoritas con ropas interiores típicas de la época. Eran señoritas llenas de curvas y a las que se adivinaba también llenas de potencia. Less se preguntó qué diablos iba a hacer el juez si por casualidad cayera en sus manos una de ellas. Seguro que al día siguiente lo enterraban.

El vejete levantó la cabeza sorprendido.

—¡Eh! ¿Qué hace usted aquí? ¡Yo a usted le conozco!

—Claro que me conoce, carcamal.

—Yo le casé hace algo así como seis meses.

—Me ha casado esta mañana, so burro.

—¿Y qué? ¿Ya piensa divorciarse? Le advierto que la ley es muy severa en este aspecto, de modo que le aconsejo liquidar a la esposa antes de meterse en líos. Oh, perdone.

Recogió los dibujos que estaban extendidos encima de su mesa.

—Son mis sobrinas —explicó—. Les tengo un gran cariño, ¿sabe?

—Sí. Ya se ve que es usted todo un tío.

El vejete guardó los dibujos presurosamente.

—Bueno, ¿a qué ha venido, amigo?

—Ha habido un malentendido con mi mujer.

—¿Sí? ¿De qué clase?

—No sé dónde está ahora.

—¿Y cómo quiere que lo sepa yo?

—Quizá le dijo dónde vivía, al preparar los papeles para la boda.

—Seguro que debió decírmelo… Es un requisito indispensable tener domicilio, aunque sea provisional, dentro del condado. A ver, déjeme recordar…

Leslie no podía apenas hablar. La mano que apretaba la herida se había agarrotado. Vio una botella de licor sobre otra mesa y se dirigió hacia ella sin pedir permiso.

—Pues no recuerdo… —mascullaba el juez—. ¡Eh! ¿Con qué derecho?…

Less la estaba dejando medio vacía, intentando recuperar fuerzas. De pronto el juez gritó:

—¡Ya caigo! ¡La botella!

—¿Qué cuerno dice?

—Que acabo de recordar dónde dijo ella que vivía, hombre. Si no llega a ser por esto no me acuerdo en todo el mes. Al otro lado del pueblo hay una casa aislada que antiguamente fue almacén de bebidas. Luego la restauraron y la amueblaron muy bien, pero la gente aún la llama «La Botella». Esa mujer, mejor dicho «su» mujer me dijo que la había comprado.

—¿Cómo la reconoceré?

—Es la única casa que tiene el porche pintado de rojo.

—Muy bien. Gracias.

Dio un portazo.

Salió por el mismo sitio, sintiendo que las punzadas se acentuaban más y más. Bordeó las casas por la parte posterior de éstas, hasta llegar a la salida de la ciudad por el otro lado.

Vio el edificio con el porche pintado de rojo.

Sabía que podía encontrar nuevos pistoleros allí, y él ni siquiera había tenido la precaución de hacerse con un revólver cargado. Llevaba entre la camisa y el pantalón, pero sin una bala, el que le había servido para matar a cuatro hombres. Ahora lamentaba cien veces aquella imprevisión, causada por el dolor de su herida, que le había hecho olvidar todo lo demás.

De todos modos extrajo aquel revólver. Nadie sabía si estaba cargado o no. Y nadie se arriesgaría a comprobarlo.

Movió el pomo de la puerta. Vio que ésta no estaba cerrada con

llave.

La empujó, llevando el revólver por delante. Oyó un leve gemido, mientras veía a la mujer.

De pronto sus rodillas se doblaron. No pudo tirar más la debilidad que ya le dominaba.

Cayó de bruces sobre el lecho que había muy cerca de la puerta, mientras otra vez un rayo de fuego parecía quemar sus entrañas.

* * *

La mujer le miró durante unos instantes con asombro, sin saber qué hacer.

El también la contempló con asombro y al mismo tiempo con admiración.

No era para menos.

Sí, cuando se casaron, Marta apareció demasiada vestida, ahora sucedía todo lo contrario.

No llevaba más que las medias y unos sostenes. Sin duda se estaba cambiando cuando él entró tan bruscamente.

Eso fue lo que la imposibilitó para huir. No se atrevió a salir así a la calle.

Con expresión donde el asombro y el miedo, se mezclaban a la vergüenza, contempló a Less, que se incorporaba lentamente sobre la cama, siempre apuntándola con el revólver.

—Hola, pajarito —susurró burlonamente.

En sus ojos no se leía el menor sentimiento de piedad. Había llegado hasta allí guiado solamente por un oscuro deseo de venganza.

Tenía que reconocer que nunca había visto a una mujer como aquélla, tan hermosa y tan tentadora, y además vestida de aquel modo. Pero eso no cambiaba las cosas.

Dijo roncamente:

—Vuélvete.

—¿Para qué?

—Quiero verte bien.

—No tienes derecho a…

—¿Eres mi mujer, no?

—¡Miserable!

El ordenó otra vez, con expresión salvaje:

—¡Vuélvete!

Marta obedeció. Less tuvo que cerrar los ojos porque la mujer le pareció demasiado hermosa.

Lo que hizo ella al volverse, en realidad, fue descolgar una bata que había en una percha y vestírsela lentamente.

Las maravillosas formas de su cuerpo quedaron a cubierto. Less no protestó.

En realidad casi se sentía avergonzado de sí mismo, una cosa era querer matar a aquella mujer y otra humillarla y ofenderla. Casi se alegró de que ella hubiera cubierto su cuerpo.

Durante un largo minuto se contemplaron los dos en silencio.

Los ojos de la mujer bajaron poco a poco desde al rostro hasta la cintura de Less.

—Estás herido…

—Sí. Y tú vas a curarme.

Ella no se opuso.

¿Quería simplemente ganar tiempo? ¿O quizá consideraba aquello como un mal menor?

Había una chimenea en la habitación, y estaba encendida. Ella cambió de lugar uno de los atizadores para que se fuese poniendo al rojo. Luego llenó de agua un bote y lo puso a hervir sobre las llamas.

—¿Qué ha sido de mis hombres? —musitó ella, sin demostrar miedo, mientras volvía a situarse en el ángulo de la habitación que antes había ocupado.

—Han muerto.

—¿Cómo… has podido hacerlo?

—Tuve suerte y ellos tenían exceso de confianza. Eso ha sido todo.

Ella cerró un momento los ojos, mientras temblaban sus labios.

—No eran… no eran malas personas. Fui yo quien les ordenó que te eliminasen.

—Nadie ha dicho que fueran buenas o malas personas. Yo no hice más que defender mi vida.

Mientras se desprendía lentamente de su camisa ensangrentada, preguntó:

—¿Por qué les ordenaste que hicieran eso?

—Porque quería casarme con Charlie Clintton, para luego

librarme de él. Y castigar así lo que hizo.

—Muy bien, pero yo no era Charlie Clinton. Y tú ya te habías dado cuenta de eso.

—Si vivías, podías destruir mi boda. Y ése era un riesgo que yo no estaba dispuesta a correr.

—Pareces una chica muy decidida —dijo Less burlonamente—. Demasiado decidida.

—Después de lo que me ocurrió, yo ya no creía en nada —murmuró ella—. Sabía simplemente que era eso lo que tenía que hacer: no detenerme ante nada.

—¿Por qué razón?

Ella no contestó. Miró simplemente el fuego.

—El agua está hirviendo —dijo.

Abrió un cajón y extrajo varios paños limpios. Uno de ellos le sirvió para retirar el bote sin quemarse. Con los otros, tras empaparlos en agua hervida, empezó a limpiar la sangre y los bordes de la herida, sin fijarse para nada en las hercúleas formas de Less. Diríase que ya no sentía atracción por ningún hombre y que no volvería a sentirla nunca.

Less dominaba su dolor.

La herida, afortunadamente, tenía los bordes limpios, y si la bala no le había matado al perforarle, menos le mataría ahora que estaba fuera. Pero los dos orificios tardarían mucho tiempo en cicatrizar, y el peligro de infección había sido grave.

Cuando la herida estuvo bien limpia, ella volvió a mirarle.

—Ahora cauterizaré los bordes con el hierro al rojo —musitó—. He de quemar el orificio de entrada y el de salida. ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí, que si el dolor me hace perder el sentido, quedaré a tu merced.

—Es un riesgo demasiado grande.

—¿Qué harás si pierdo el sentido?

—Lo mismo que piensas hacer tú: disparar una bala entre las cejas.

Leslie sonrió burlonamente, sin que sus ojos reflejaran el más mínimo temor.

—Correré ese riesgo —musitó.

Ella volvió con el hierro al rojo e introdujo la punta por la

herida de Less, por el orificio que había formado la bala. El dolor fue tan espantoso que Less hubo de morderse salvajemente la mano izquierda para no lanzar un aullido.

Le retiró llena de sangre.

Ella le miró unos instantes. Por sus ojos pasó una expresión extraña, algo así como un rayo de luz.

—No puedo decir que seas un cobarde —musitó—. ¿Sigues arriesgándote?

—Sí.

—Entonces he de decirte lo mismo que tú me has dicho a mí antes: Vuélvete.

—Y yo obedezco como tú has obedecido.

El dolor fue esta vez más intenso aún, porque el orificio de salida siempre es mayor que el de entrada, y la superficie cauterizada resultó más extensa.

Less volvió a morderse la mano, pero esta vez el procedimiento no sirvió. El dolor fue tan intolerable que notó que todos los objetos se hacían borrosos. Se dio cuenta de que iba a perder el sentido.

Desesperadamente trató de evitarlo, pero las oleadas de dolor eran demasiado fuertes y anulaban su voluntad. Cayó de bruces en el lecho.

Su último pensamiento fue: «Tantos esfuerzos no habrán servido de nada. Ahora ella podrá matarme fácilmente…».

Le pareció que había transcurrido un siglo cuando recuperó el conocimiento de nuevo. Y lo que más le sorprendió fue precisamente eso: recuperarlo.

No podía creer que siguiera con vida.

Ni que tuviera la cintura vendada, cubriéndole la herida completamente y eliminando cualquier peligro de infección.

Ella estaba sentada muy quieta, en una de las butacas que había en la habitación. Le miraba fijamente, con una expresión que Less no pudo comprender.

El aún tenía incluso el revólver en lo mano derecha. Ni eso le había quitado Marta.

La contempló con expresión atónita.

—¿Cuánto tiempo he estado sin sentido? —preguntó.

—Unos quince minutos.

—¿Y por qué no te has librado de mí?

Ella seguía mirándole inexpresivamente. Resultaba imposible saber lo que pasaba por sus pensamientos.

—No hubiera sido justo —balbució.

—¿Por qué?

—He perdido y tengo que pagar. Bastante canallada fue pedir a Jeffrey que te matara. Tú no tenías ninguna culpa.

—¿Quiere eso decir que estás arrepentida?

—Sí.

No cabía dudar de la sinceridad de la muchacha. Ponía incluso en peligro su vida para demostrarlo.

El joven sonrió tristemente.

Abrió el cilindro de su revólver y lo mostró a Marta.

—Toma. Está descargado.

—¿Quiere eso decir que no pensabas matarme?

—Sí que pensaba hacerlo. Lo único que necesitaba era encontrar otro «Colt».

Marta tuvo entonces una de aquellas reacciones que a él le parecían del todo incomprensibles.

Se levantó, abrió el cajón superior de una cómoda y extrajo un revólver que lanzó sobre la cama.

—Éste está cargado —dijo.

Less lo tomó entre sus dedos.

Contempló con asombró aquella arma que ella misma le entregaba para que segara su vida.

—No te entiendo —susurró.

—Yo tampoco te entiendo a ti —dijo Marta. Hay muchas cosas que no entiendo en esta situación. Pero yo he hecho algo que no tenía perdón y es justo que pague por ello. No cometerás ningún error si aprietas el gatillo.

El alzó poco a poco el «Colt». Llegó a apuntar con él a la muchacha, que miraba el negro ojo del cañón sin que le alterase un solo parpadeo.

Al fin Less dejó caer el brazo, sin fuerzas.

—No puedo —farfulló—. Nunca podré matar a nadie así.

—¿Quieres que me vuelva de espaldas?

Less recordó cómo la había visto poco antes, con aquella hermosura enloquecedora.

—No —musitó—. No puedo hacer nada contra ti. Cuando te

miro siento que falla todo mi odio.

Ella tuvo entonces otra de aquellas reacciones que en principio parecían incomprensibles. Con un geste apacible se puso en pie.

—Te daré una camisa limpia —dijo—. Tengo ropa de hombre ahí dentro.

Abrió la puerta que daba a la otra habitación y la entró a su espalda, desapareciendo de la vista de Less.

Y en ese momento, detrás de la hoja de madera, se escuchó un ronco gemido.

CAPÍTULO IX

Less se puso en pie.

Con la herida prieta por el vendaje, se sentía mejor, a pesar de que el pinchazo parecía seguir atravesándole las entrañas. Miró como un alucinado hacia la puerta tras la cual acababa de sonar aquel gemido.

Era Marta la que había estado a punto de gritar, no había duda. E inmediatamente alguien había sofocado su grito tapándole la boca.

Al instante se oyó la carcajada de un hombre.

Y algo mucho más incomprensible aún para Less: ¡el llanto de un niño!

Tomó el revólver, alzó el martillo y caminó hacia la puerta sin hacer ruido. Claro que, aunque lo hubiera hecho, el resultado habría sido el mismo.

Los dos individuos que estaban al otro lado de la habitación —porque eran dos, a juzgar por sus risas— parecían muy ocupados con algo más agradable que escuchar los ruidos de la casa.

Se oyó otro gemido ahogado y luego un golpe. Sin duda estaban «ablandando» a Marta.

Less hizo girar el pomo de la puerta.

Su poderoso tronco estaba desnudo y sus pantalones estaban manchados de sangre. Pero él no se daba cuenta de nada; sólo se daba cuenta de que tenía un revólver cargado con seis balas, mientras que sus enemigos, probablemente, eran sólo dos.

Después de lo ocurrido con el grupo de Jeffrey, eliminar a aquellos dos pajarracos le parecía un juego de niños.

Empujó la hoja de madera.

Marta —muy en contra de su voluntad— había vuelto a ir

vestida como cuando él la encontró. Cuatro manos ávidas la habían despojado de su bata. De los labios de la muchacha escapaba un hilo de sangre, a causa del golpe que acababa de recibir.

Los dos tipos —que eran jóvenes, fuertes e iban bien vestidos— ni siquiera vieron a Less. El cuerpo de Marta parecía obsesionarles, borrar cualquier otro sentido que no fuera el del deseo.

El joven murmuró:

—¿Molesto?

Le miraron como si contemplaran una aparición.

—¿Quién es Usted?

—Ya lo ve: alguien que quiere fastidiarles la fiesta.

—¿Amigo de Marta?

—No.

—Pues entonces no pierda el tiempo en tonterías. Ayúdenos. Usted también entrará en la fiesta.

El dijo suavemente:

—Sí, desde luego. Ya no pensaba perder el tiempo en tonterías, pero celebro que me lo hayan aconsejado.

Apretó los labios mientras apretaba el gatillo al mismo tiempo.

La cabeza del hombre que estaba más cerca de Marta se dividió en dos pedazos.

El otro lanzó un aullido, mientras Marta se estremecía de horror. Pero Less no disparó de nuevo.

Miró fijamente al hombre que aún quedaba vivo.

Introdujo el «Colt» entre su pantalón y su piel.

—Tu revólver —dijo.

—¿Qué… quieres decir?

—Quiero decir que lo saques.

El otro comprendió que tenía que defender su vida. Se inclinó de costado velozmente.

Una fría decisión de matar brillaba en los ojos de Less. Hizo un solo y cortante movimiento.

El «Colt» brilló a la luz.

Tres disparos más convirtieron el corazón de aquel hombre en un colador por el que escapaba a chorros la sangre.

Marta se había llevado la mano a la boca.

Estaba al borde del ataque de histeria. Sus nervios parecían incapaces de resistir más.

Less tomó la bata que los otros le habían arrebatado y se la puso sobre las rodillas. Luego se puso de espaldas para que ella se la vistiera.

Miraba la cuna en la que lloraba un niño. El pequeño debía tener ya unos ocho meses. Después del ruido de los disparos parecía irse calmando poco a poco.

Less fue a la cuna y la movió suavemente.

«Es ridículo —pensó—. Yo ayudando a dormir a un niño…».

Pero no podía evitar hacer aquello. Sentía de una forma oscura que era su deber. Al fin oyó la voz rota de Marta.

—Por Dios, salgamos de aquí. Vamos a la otra habitación.

—Vamos.

Nadie parecía haber oído los disparos desde el exterior de la casa.

Quizá la razón de ello era el aislamiento del edificio y el hecho de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Incluso la puertecilla lateral que los dos individuos habían empleado para irrumpir en la habitación.

Marta, que ya se había vestido la bata, se derrumbó en el lecho.

—¿Quiénes eran esos individuos? —preguntó Less, deseando ayudarla.

—Teóricamente amigos tuyos.

—Querrás decir amigos de Charlie Clinton.

—Sí, eso es lo que he querido decir.

—Ese pequeño… ¿es hijo tuyo?

—Sí.

—¿Y de quién más?

—De Charlie Clinton.

Ahora se imaginó Less muchas cosas. Ahora empezó a comprender algo de todo aquello.

—Por favor, explícate —susurró—. Me he metido en esta historia sin querer y creo que tengo derecho a conocerla.

Ella alzó la cabeza para mirarle. Estaba derrotada, y se notaba que agradecía ahora la compañía del hombre. Fue explicándolo todo con breves y concisas palabras.

—Charlie Clinton es un forajido —empezó diciendo.

—Al menos eso ya lo sé. Fue lo primero que me dijeron en una ciudad llamada Waring. Es un forajido al que se puede perseguir y

juzgar en todo el Estado.

Marta no debió comprender muy bien lo que él decía acerca de la ciudad de Waring, pero siguió:

—El me deseaba. Yo había llegado a constituir una obsesión en su vida. Incluso fuimos novios.

—Es extraño, ¿verdad? Pareces una chica fina.

—Lo soy. Tengo mucho dinero.

—¿Cómo, entonces, admitiste la compañía de un tipo de la calaña de Clinton?

—No sabía quién era en realidad. Creí que ganaba el dinero de otro modo.

—¿Y qué ocurrió al enterarte? ¿Rompisteis?

—Sí.

—Pero él no te lo perdonó; ya lo estoy viendo.

—No. Y dijo que no me lo perdonaría nunca. Que me conseguiría de todos modos, costase lo que costase.

—¿Cómo se las arregló?

—Empleó la astucia; Charlie era el hombre más extraordinario que te puedas imaginar en algunos aspectos. Tenía cara de buen chico y engañaba a cualquiera. Yo misma, a pesar de que creía conocerle bien, me dejé llevar por sus mentiras. Un mes después de sus amenazas, me escribió una carta hablando de su arrepentimiento. Me juró que había cambiado y que deseaba redimir su vida. Yo no le contesté, pero una semana más tarde se presentó en mi casa. Entonces no estaba papá, y por lo tanto no tuvo ocasión de conocerlo. Tú no sabes las cosas que entonces llegó a jurar Clinton.

De pronto tuvo como un sobresalto.

—Oye…

—¿Qué?

—Por Dios, salgamos de aquí. Vamos a la otra habitación.

—Vamos.

……, (Falta una cara, la 93).

—No estaba casada.

—¿Cómo?

—Al cabo de dos días se presentó el «juez» en nuestra habitación. Pero iba vestido de otro modo. Me miró riéndose, en compañía de Charlie, hasta que yo me di cuenta, con horror, del

abismo en que había caído y de la burla macabra de que había sido objeto. El «juez» incluso afirmó que Charlie Clinton le había prometido un par de horas en mi compañía a cambio de sus servicios. Tuve que chillar con todas mis fuerzas para que no ocurriese algo peor de lo que ya había ocurrido. Entonces intervino el *sheriff*, y a aquellos dos granujas, el falso juez y Charlie Clinton, no les quedó más remedio que huir. Pero mi pesadilla no había terminado aún; al mes siguiente me di cuenta de que estaba encinta.

Less miró levemente hacia la puerta tras la cual reposaba un niño… y dos muertos.

—¿Todo ese tiempo lo has estado buscando? —musitó.

—Todo ese tiempo.

—Para vengarte, supongo.

—Y para que mi hijo tuviera un padre. Un padre legal, aunque fuese un canalla como Clinton.

—Pudiste casarte con otro hombre. Muchos se hubieran hecho cargo de la situación y habrían reconocido al hijo como suyo, siendo además tú tan guapa y tan rica.

Marta sonrió amargamente.

—Eso hubiera significado tener que fiarme de otro hombre, ¿no?

—Pues… desde luego.

—Era eso lo que no quería hacer. Jamás me humillaría a pedir nada a un hombre. Jamás pertenecería a otro. Jamás tendría confianza en sus palabras. Mi padre me aconsejó lo mismo que me has dicho tú ahora, pero no quise. Yo había sido la engañada y yo solucionaría aquello con mis propias fuerzas.

—¿Entonces contrataste a un grupo de pistoleros?

—Sí. A Jeffrey y los suyos.

—¿Con la intención de buscar a Clinton?

—Ésa era la orden que les di. Ellos batieron toda la comarca. He de decirte que, a todo esto, yo ya no vivía con mi padre. No quería que ninguna de las personas que me conocían supieran del nacimiento de mi hijo. Jeffrey llegó ayer por la mañana muy excitado. Dijo que por fin tenía una pista.

Less guardó silencio.

Miraba a la mujer, su cuello largo y torneado, sus labios intensamente rojos, sus ojos profundos y dulces.

Pero no podía olvidar a Elaine.

Elaine, que había sido miserablemente ahorcada…

—Me dijo que Clinton había sido atrapado al fin en la ciudad de Waring y que acababa de ser condenado a muerte. Entonces yo pensé que todo estaba perdido; por una parte, él pagaría sus culpas, pero por otra mi hijo no quedaría reconocido por nadie.

Less se sobresaltó.

Recordaba la horrible matanza de Waring. Recordaba, sobre todo, la muerte del pobre Tower.

—No me dirás que organizaste algo para salvarme… —masculló.

Ella le miró sorprendida.

—No. ¿Cómo hubiera podido hacerlo?

—Lo celebro. Explícame tu plan.

—Dije a Jeffrey y los otros hombres que trajeses al menos su cadáver para darle sepultura. Una vez muerto Clinton, era un deber de caridad. Por lo tanto se situaron cerca de la ciudad. Pero por la noche vino uno de ellos a decirme que, incomprensiblemente, Clinton había logrado huir.

—¿Qué decisión tomaste?

—Jeffrey era un zorro. Dijo: «Ése les ha despistado con el carromato y se ha ido a la cordillera». Entonces les ordené que buscaran por allí… y te encontraron.

—Es que yo, efectivamente, era el fugitivo —explico Less.

—No estaba segura de eso.

—Me confundieron con Clinton.

—¿Cómo es posible? El parecido es grande, pero no total. Creo que resulta difícil confundirse.

—Piensa que se guiaban por descripciones, no por dibujos ni fotografías. Tus hombres también se con fundieron.

—Sí, ahora lo comprendo. Vuestras descripciones son muy aproximadas. Parecida estatura y complexión casi idéntico color de ojos… Es posible una confusión cuándo se habla de uno y de otro sin haberos visto nunca.

Lesslie Adams pensó que era eso, justamente, lo que había sucedido.

Le habían confundido con Charlie Clinton.

Pero eso aún dejaba muchas cosas por explicar.

Ella continuó en voz baja:

—Luego las cosas se complicaron aún más. Charlie Clinton ya había logrado de mí lo que quería, ahora iba a casarse con otra mujer. Iba a hacerlo en una población llamada Waring, si bien con nombre falso.

Less sintió como si una mano fría le estrujara el corazón.

—¿Cómo se llamaba esa mujer? —farfulló.

—No lo sé; nadie la conocía.

El joven cerró un momento los ojos. Sus ideas eran un caos, un atroz torbellino.

Pero no tuvo tiempo de seguir pensando.

Porque en aquel momento se oyó ruido de varios caballos que se aproximaban al galope hacia la casa.

CAPÍTULO X

Leslie Adams se puso en pie.

Desde hacía un par de días, el simple rumor de caballos que se aproximaban venía a ser para él como sinónimo de muerte.

Miró por una de las ventanas, separando las cortinillas. Desde allí se divisaba la llanura por el lado opuesto al de la población; es decir, entre los jinetes y ellos no había ninguna otra casa.

El joven entrecerró los ojos.

Vio que los jinetes eran cinco.

No pudo reconocerlos con precisión aún, a la distancia a que se encontraban, pero hubo uno que le llamó la atención casi inmediatamente. Y ya sólo se fijó en él.

Aquel individuo grueso, bien vestido, con aspecto mitad de forajido, mitad de banquero…

¡Se trataba del tipo que quiso ahorcarle en la ciudad de Waring!

¡Era Monagan!

Leslie lanzó una imprecación en voz baja, mientras se preguntaba a sí mismo cómo era posible que aquellos tipos hubieran encontrado su pista.

Pero no podía entretenerse en pensarlo. Aquello significaba la muerte para él, de modo que si buscaban jaleo lo tendrían.

Fue a la habitación donde estaban los muertos y se apoderó de uno de los revólveres.

Marta, con expresión consternada, sin saber lo que ocurría, le miraba hacer.

—¿Qué sucede? —musitó al fin.

—Vienen a buscarme, y te aseguro que me encontrarán. Pero de una forma muy distinta a como ellos esperan.

—Pero… ¿quiénes son?

—Míralo tú misma.

Ella se acercó a la ventana también, y como los jinetes estaban ya cerca pudo reconocerlos con facilidad, sobre todo a uno de ellos.

Miró consternada a Less.

—Por favor… ¡suelta ese revólver!

—¿Y por qué he de hacerlo? Es mi piel lo que defiendo, ¿no?

—Es que ese hombre… Ese hombre que va en el centro del grupo… ¡es mi propio padre!

Leslie miró asombrada a Monagan y luego miró a la muchacha.

—De modo… —susurró— que tú te llamas Marta Monagan…

—Ésos son mi nombre y mi apellido.

—¡Infiernos! ¡Pues, sea quien sea, yo tengo una cuenta pendiente con ese tipo! ¡Y además ha venido a liquidarme!

—¡Less! ¡No dispares!

—Gracias por el consejo, preciosa, pero yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Estás equivocado! ¿No te das cuenta de que no vienen en son de guerra?

Leslie miró de nuevo por la ventana y tuvo que reconocer, sorprendido, que quizá a la muchacha no le faltara razón. En efecto, cuando un grupo se decide a atacar una casa no lo hace avanzando confiadamente y formando un grupo compacto como aquél. Por otra parte, aunque llevaban rifles, no los habían puesto en línea de tiro.

Marta le expuso entonces un argumento decisivo, un argumento que le terminó de convencer.

—Si tú disparas —musitó—, ellos responderán al fuego y rodearán la casa. Y en el tiroteo es casi seguro que morirá el niño.

Less apretó los labios.

—No quiero que eso suceda, pero no quiero tampoco que me atrapen como a un imbécil.

—Ocúltate —susurró ella—. Mi padre, simplemente, viene a verme. Yo Less convenceré para que se vayan pronto.

El joven hizo un signo afirmativo.

—Está bien… —pero de pronto recordó algo—. ¿Y qué va a ocurrir cuando vean esos dos muertos?

—Tendremos que retirarlos de ahí. Y pondré algún mueble sobre las manchas de sangre.

—Está bien. Vamos.

Casi sin darse cuenta, con pocas palabras, Marta y él se habían convertido en cómplices.

Entre los dos retiraron los cadáveres, arrastrándolos hasta colocarlos bajo el hueco de la escalera. Ella puso un par de butacas sobre las manchas de sangre. Aparentemente todo quedó en orden, mientras el ruido de los cascos de los caballos parecía oírse ya dentro de la casa.

Marta le miró fijamente, con una extraña intensidad en sus profundos ojos.

—Dé veras te lo agradezco, Less. Te lo agradezco mucho. Lo que acabas de hacer es muy importante para mí.

—Tengo que confiar en ti, Marta. Si me engañas lo pagarás, aunque sea la última cosa que yo haga en esta vida.

—¿Crees que sería capaz de engañarte?

—No, no lo creo —musitó él—. En el mundo, uno necesita tener fe en alguien, y yo tengo fe en ti.

—Ocúltate tras esa puerta. Da a un cuarto pequeño, contiguo a la cuadra, donde no entra nadie.

—Bien.

Less se ocultó.

Era tiempo. En aquel momento alguien llamaba ya a la puerta principal de la casa.

Desde su refugio, donde estaba atento y con el revólver preparado en la derecha, Less lo oía todo perfectamente. Y oyó, por lo tanto, que la muchacha abría la puerta y murmuraba:

—Papá…

—Hola, Marta.

—Me ha sorprendido oírte llegar… ¿Quiénes son esos hombres?

—Amigos míos.

Se produjo un embarazoso silencio. Entonces la voz de Monagan masculló:

—Te parece que tienen mala pinta, ¿verdad?

—No quisiera ofenderlos.

—No te preocupes, no lo haces. Ellos saben perfectamente quiénes son. Parecen bandidos y, en efecto, viven de sus gatillos.

—Pero papá…

—Han sucedido cosas bastante raras últimamente. Entrad,

muchachos, entrad… No os quedéis ahí parados como momias.

Se oyó el recio ruido de varias botas pisando en el interior de la casa.

Leslie siguió escuchando. Ahora era Marta la que hablaba, con voz poco segura.

—¿A qué cosas raras te refieres? —preguntaba.

—Ante todo te diré —explicó la voz de Monagan— que yo no sabía que estabas aquí. Me ha costado trabajo encontrarte, porque no hemos tenido contacto últimamente.

—Lo sé, lo sé… ¡Sigue!

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—Estás ansiosa…

—Te lo debe parecer a ti. No. Yo me siento muy tranquila…

—Bueno, bueno… El caso es que yo estaba en la ciudad de Waring. Y allí me notificaron que se acercaba nada menos que Clinton.

La voz de Marta sonó con angustia.

—¿Cómo supiste que era él?

—Por la descripción que me hizo el que le había visto. ¡No podía fallar! Te confieso que lo primero que pensé fue liquidarlo por las buenas. Y entonces alquilé los servicios de estos cuatro amigos, expertos en el gatillo, para resolver el asunto sin más trámites.

Marta guardaba silencio.

Less creía estar viendo su cara pálida y sus labios temblorosos.

—Pero entonces me enteré de algo que hacía más agradables las cosas —siguió diciendo Monagan—. Clinton estaba reclamado por asesinato.

—¿Y… por qué se presentaba Clinton en la ciudad de Waring, donde había un *sheriff* y un juez? ¿No resultaba eso demasiado arriesgado para él?

—Te sorprenderá, pero venía a casarse. ¡El muy hijo de perra! ¡A casarse con otra!

Marta siguió guardando silencio. Y Less siguió con todos los nervios en tensión, escuchando.

—¿Pero iba a casarse bajo nombre falso? —susurró Marta al fin.

—Por descontado. Tenía una novia llamada Elaine. El iba a casarse bajo el falso nombre de Leslie Adams No sé si ese falso

nombre obedecía al deseo de despistar al *sheriff* o acaso quería también, andando el tiempo, burlarse de la chica, diciendo que el matrimonio no era válido. Pero ése es un punto que no interesa ahora. El caso fue que dimos con la muchacha, con la llamada Elaine.

Lesslie, en su escondite, se estremeció.

Y también debió estremecerse Marta, a juzgar por el sonido roto de su voz.

—¿Qué… os dijo la chica?

—Nos hizo una descripción de su amorcito. No nos cupo duda, después de oírla, de que se trataba de Clinton.

—¿Y… qué hicisteis con ella?

La voz de Monagan se transformó en un murmullo espeso.

—Era posible que la chica obrara de buena fe —explicó—. Es muy posible que creyera realmente ir a casarse con un tipo llamado Leslie Adams. Pero también podía ser una pájara de cuidado, y por eso, a pesar de su aspecto de inocencia, hicimos lo que hicimos.

—¿Qué… qué fue?

—Nada, déjalo…

La voz de Marta sonó estremecida.

—¡Quiero saberlo!…

—Bueno, ya que tanto interés tienes… La ahorcamos.

Llegó a los oídos de Less un gemido ronco.

Pero él lo oyó de un modo muy difuso, muy lejano, porque a su cerebro había llegado como un golpe de sangre.

Apenas oía nada. Durante unos instantes sus ojos se nublaron y perdió el mundo de vista.

Apretó el revólver frenéticamente. Pensó que al otro lado de la puerta había cinco hombres, y que a él le bastarían cinco segundos para liquidar aquello.

Pero le detuvo el llanto estremecido de Marta.

—¿Por qué esta comedia? —masculló la voz de Monagan—. ¿No te alegra que hiciéramos a Clinton todo el daño posible?

—Pero ella… ¿qué culpa tenía?

—Era posible que no tuviese ninguna, pero de todos modos, a poco que la quisiera Clinton, había de resultar terrible para él verla ahorcada. Y por eso la matamos.

Luego gritó:

—¡Te estás estremeciendo, Marta! ¡Quiero que te serenes de una maldita vez!

—¡Calla!

La voz de Monagan subió de tono. Se hizo áspera y casi insultante.

—¿Por qué he de callar? ¡Infiernos! ¡Hice lo que tenía que hacer para vengarte! ¡Y busqué una refinada muerte para Clinton!

—¿Qué… muerte?

—Te he dicho que estaba reclamado por asesinato, ¿no? Pues quise que fuera juzgado legalmente. Y que viviera una a una, poco a poco, todas las escenas que preceden a la muerte en la horca.

—Pero si Clinton viajaba con un nombre falso…

—Ideó algo para infundirle confianza, para hacerle confesar su verdadero nombre.

—¿Qué… fue?

La voz de Marta era apenas un murmullo inaudible.

—Le convencí de que había ganado un premio y podía embolsarse diez mil dólares bonitamente. Faltaban dos días, según mis cálculos, para que llegase a Waring, de modo que me puse de acuerdo con dos propietarios de cantina que indiscutiblemente tropezaría en su camino. Me puse también de acuerdo con el administrador de la rifa benéfica de Waring. Todos ellos cobraron bonitas sumas y además vieron reformados sus establecimientos en un tiempo récord. No regateé mil dólares. Lo único que debían hacer era convencer a Clinton, según mi plan, para que confesara su nombre. Todo salió bien, y yo pedí el privilegio de ahorcarle. ¡Aquel momento de la venganza tenía que ser el más sublime de mi vida entera!

—Pero… ¿no pensaste que podías equivocarte de hombre?

La voz de Monagan sonó confusamente:

—¿Por qué iba a equivocarme? Todo estaba claro, ¿no?

Otra vez se oyó un sollozo de Marta.

—¿Pero qué infiernos te ocurre? ¿Qué sucede? —gritó Monagan —. ¡A veces tengo la sensación de que te has vuelto loca! ¡O de que no eres la misma!

—Es que yo ignoraba todo lo que tú me cuentas —murmuró ella.

—Ahora ya lo sabes. Pero aquel maldito huyó. Sus hombres le ayudaron a escapar.

Leslie, en su escondite, sintió que un sudor frío empezaba a nacer en sus sienes.

Ahora habían llegado al punto que él no lograba entender. ¿Por qué le habían salvado? ¿Y quién lo hizo?

Se oyó otra vez la voz de Monagan.

—Lo hemos buscado por todas partes, pero sin resultado. Y ya es hora de que te diga para qué he venido aquí, Marta. —La voz de Monagan se enterneció un poco—. Aunque tú nunca me dijiste nada, yo he llegado a conocer la canallada que Clinton te hizo. Y sé que has tenido un hijo.

Ella no contestó.

El silencio que volvió a pesar sobre la casa se hizo otra vez casi embarazoso.

—¿Es cierto que tienes un hijo, Marta?

—Sí.

—Quiero conocerlo.

—Es también hijo de Clinton…

—Aunque así sea. Quiero conocerlo. El no tiene la culpa.

«Tampoco la tenía Elaine», pensó Less maquinalmente, mientras el revólver quemaba en su derecha.

Una especie de fiebre se había apoderado de él. Un deseo obsesionante de vengar a la muchacha ahorcada.

Fue a empujar la puerta e irrumpir en la sala, con el revólver a punto.

Pero en aquel momento tuvo una de las más violentas sorpresas de su vida. Porque notó cómo una cosa dura y metálica —sin duda el cañón de un «Colt»— se clavaba entre sus riñones.

CAPÍTULO XI

Al principio Less no lo comprendió. Llegó a creer incluso —absurdamente— que estaba soñando.

Pero aquel cañón clavado en su espalda era la más pura realidad. Lo comprendió un instante después al volver levemente la cabeza. El cuarto donde él se encontraba daba por la parte posterior, mediante una puerta muy pequeña, a la cuadra de la casa. Indudablemente uno de los acompañantes de Monagan había ido allí a guarecer los caballos. Y seguramente oyó algún ruido sospechoso detrás de la puertecilla. Quizá Less la había rozado con una de sus botas sin darse cuenta.

El caso era que no podía dudar de la amenaza. Estaba atrapado.

Una voz susurrante dijo a su espalda:

—Abre.

Less no tuvo más remedio que obedecer.

Y de pronto se encontró en la sala, ante la sorpresa general. Una sala donde estaban tres hombres desconocidos, Monagan y Marta.

Marta lanzó un gemido de asombro.

Sin duda no comprendía aquello. Pero su gemido fue ahogado inmediatamente por el grito de entusiasmo y de sorpresa de Monagan.

—¡Clinton aquí! —aulló—. ¡Clinton en esta casa!…

El hombre que estaba detrás del joven hizo más patente la amenaza de su revólver.

—Lo he encontrado oculto —explicó—. He oído un ruido sospechoso tras una puertecilla de la cuadra, al llevar los caballos allí.

Monagan babeaba de placer. Sus ojos casi se le salían de las órbitas.

—¡Voy a ahorcarlo ahora mismo! —gritó—. ¡Lo haré con mis propias manos!

Marta le puso una mano en el pecho, deteniéndole. Su voz sonó con una extraña serenidad:

—El no es Clinton.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—¿No crees que a Clinton lo conozco yo mejor que tú? —se defendió ella—. Tú no lo has visto nunca, mientras que yo me casé con él, aunque fuera mediante un engaño.

—¡La que me engañas eres tú ahora! ¡Tratas de salvarle!

—¡Su nombre auténtico es el de Leslie Adams! ¡El dijo la verdad!

—¡Lo que tú pretendes es hacer que conserve la piel! ¡A ese perro lo amas todavía!

—Nunca he odiado a nadie tanto como a Clinton —dijo ella con voz ronca—. Y ese hombre lo sabe bien. Hubo un momento en que yo le confundí, como tú estás haciendo ahora.

Monagan miró al joven con expresión fanatizada.

Leslie se mostraba con una tranquilidad absoluta, casi desdeñosa. Ni siquiera parpadeó. Sus ojos entrecerrados miraban a Monagan como si el que hubiese de morir fuera el otro, no él.

—Este hombre me ha hecho un gran favor —jadeó Marta—. Un favor inapreciable… Yo quisiera demostrártelo. Ven…

Le condujo hasta el hueco de la escalera, en el cual estaban los dos cadáveres:

Monagan gritó:

—¿Qué significa esto?

Su ira iba subiendo de nivel, ante aquella situación que no comprendía. Miró de soslayo a sus pistoleros para asegurarse de que éstos no olvidaban ni por un instante la vigilancia de aquél a quien él creía Clinton.

—Estos dos individuos irrumpieron en la casa —explicó Marta —. Eran secuaces del verdadero Clinton. Quizá resulte brutal explicar las cosas así, pero ellos opinaban que con un hijo yo no tenía bastante. Pues bien, Leslie Adams me libró de ellos. Los mató.

Monagan rió torvamente.

—O sea que es un angelito.

—Nunca he dicho eso. Sólo afirmo que Clinton y él no tienen nada que ver.

Monagan miró otra vez de soslayo al prisionero.

—No creo una sola de tus palabras, Marta. Tengo pruebas de que es Clinton. En otras circunstancias quizá te creería, pero ahora sé que lo único que pretendes es salvar al padre de tu hijo. Por tanto vamos a ahorcarlo. ¡Vamos a colgarlo delante de tus propios ojos!

Ella lanzó un gemido, mientras se cubría la cara con las manos, al darse cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos.

Monagan buscó una cuerda. Pensó que podía servir perfectamente el cordón de unos cortinajes y tiró de él.

—Ya no necesito nada más —gritó—. ¡Vamos, muchachos! ¡El gancho de la lámpara puede servir!

En aquel momento se oyó la voz lenta, helada, de Leslie Adams.

—Voy a advertirle una cosa, Monagan —dijo—. Usted ha confesado haber dado muerte a Elaine. Eso hace que yo le haya condenado a muerte.

Monagan le miró como si creyera haber oído mal.

—¿Es que aún tienes fuerzas para amenazarme?

—Y para matarle, Monagan.

—¡Pero si has tenido que soltar tu maldito revólver! ¡Y estás herido! ¿Qué esperas lograr con esas estúpidas amenazas? ¿Ganar tiempo?

Leslie no contestó.

Sólo su mirada era una sentencia, aquella mirada que parecía atravesar la piel de Monagan.

Éste ordenó:

—Atale las manos, Bud.

Bud tenía que ser el pistolero que se encontraba a su espalda.

Dejó de clavar el revólver entre las costillas del joven y tomó un cabo del cordón que Monagan le tendía. Luego podrían cortarlo y serviría para colgar al joven.

Pero éste no se estuvo quieto.

Comprendió que tenía que aprovechar aquella oportunidad.

¡Ahora o nunca!

Fingió ir a tender las manos a su espalda, para que el otro le atase, pero lo que hizo fue dar sobre sí mismo una media vuelta tan veloz que casi fue imposible seguirla con los ojos.

Todos lanzaron un grito.

El pistolero se encontró con que, de pronto, el joven había pasado a estar a su espalda. Lanzó un gruñido, mientras intentaba volverse él también y echar nuevamente mano a su revólver.

Pero sus compañeros se precipitaron. Monagan y los otros tres hombres dispararon esta vez con más rapidez de lo que debieron haberlo hecho.

Las balas perforaron el pecho del hombre que servía de escudo a Less. Se oyó un alarido.

Less no esperó a que el otro cayera. Lanzó el cuerpo sin vida contra sus otros enemigos, cuatro en total, que formaban un apretado grupo.

Por unos momentos se produjo la más brutal confusión, mientras todos caían y disparaban al azar, pero la suerte estaba echada.

Leslie Adams, que había realizado una maniobra de increíble audacia, no podría tentar otra vez a la suerte. Apenas sus enemigos se incorporarían, apenas recobrasen la serenidad un poco, le balearían con más facilidad que a un perro cojo.

Uno de los pistoleros se movió antes que los otros.

Levantó su revólver.

Pero en aquel momento ocurrió algo que no esperaba nadie, y mucho menos el mismo Less.

Marta había tomado el revólver de uno de los muertos que yacían bajo la escalera.

Disparó una sola vez, tras apuntar a la cabeza del pistolero que se había adelantado. Se oyó un siniestro chasquido.

La bala, disparada casi a boca de jarro, produjo un terrible boquete en la cabeza de aquel hombre.

Monagan lanzó un alarido, creyendo realmente que su hija se había vuelto loca. Saltó hacia la puerta como si le persiguiese una legión de escorpiones.

Los otros dos pistoleros habían reaccionado mientras tanto. Viendo que el peligro más inmediato esta en la muchacha, apuntaron hacia ella.

No se dieron cuenta de que Marta era ya incapaz de disparar otra vez. De que estaba tan asustada por lo que había hecho que el revólver temblaba espasmódicamente entre sus dedos.

Apuntaron fríamente, pero no llegaron a apretar los gatillos.

Porque esta vez el que intervino fue Less. El joven estaba junto a

un hombre muerto que tenía un revólver en el cinturón canana.

Se inclinó y lo extrajo con un movimiento centelleante.

El pinchazo en su costado se reprodujo, pero cuando ya había hecho el gesto. No afectó a la fulminante rapidez de éste.

Tiró cuatro veces casi sin apuntar, barriendo materialmente la zona en que se hallaban los dos cuerpos de sus enemigos. Sólo uno de éstos llegó a tiempo de apretar el gatillo.

La bala perforó el vestido de Marta, rozándole la cadera izquierda. El pistolero fue a disparar de nuevo, y verdaderamente logró apretar el gatillo, pero para entonces ya no era un hombre, sino un cadáver cuya última reacción instintiva había sido cerrar el dedo índice en torno al disparador. Una bala le había atravesado la cabeza, mientras su compañero se tambaleaba, de rodillas, con dos balas empotradas junto al corazón.

Marta se cubrió los ojos.

El pistolero cayó hacia adelante, con la mirada perdida en el vacío, y la habitación quedó envuelta en el humo de la pólvora y en el silencio de la muerte.

Luego se oyeron los sollozos entrecortados de Marta.

Marta lloraba mientras se cubría el rostro con las manos, sin poder soportar aquella tensión que estaba acabando con sus nervios.

Y en la otra habitación, como si llegara desde muy lejos, se escuchaba también el llanto de su hijo.

Leslie guardó el revólver, remetiéndolo entre su pantalón y su camisa.

—Olvídate de mí, Marta —dijo inesperadamente, mientras caminaba hacia la puerta.

Ella descubrió su rostro surcado por las lágrimas, mientras le miraba con una expresión de sorpresa.

—¿Por qué dices eso?

—Te pido que me olvides porque sé que, de lo contrario, me recordarías con demasiado odio.

—¿Qué… piensas hacer?

—Voy a acabar con ese hombre.

Dijo «ese hombre» intencionadamente, omitiendo que era además el padre de Marta.

Ella se llevó las manos a la boca.

—¡Por Dios!…

—No habrá perdón para él. He jurado que lo mataría.

—¡El estaba confundido! ¡Creyó que tú eras Clinton!

—Pero Elaine no era Clinton. Ahí sí que no cabían confusiones. Y la ahorcó.

La voz de Marta pareció quedar rota en el aire.

—Sé que no tengo ningún derecho, pero te he salvado la vida: a cambio de eso yo te suplico…

—No hay nada que suplicar. Lo siento.

Salió, cerrando bruscamente tras él.

Al encontrarse en la calle, tuvo como una brutal sensación de vértigo.

Estaba muy débil, y aunque la herida no había vuelto a sangrar, los últimos sucesos no habían favorecido su curación, precisamente.

Pero se rehízo. Fue hacia la cuadra, procurando que su paso resultase firme.

En la ciudad imperaba un sorprendente silencio.

Todo el mundo parecía haberse dado cuenta de que aquél no era un tiroteo aislado, sino que detrás de él se desarrollaba una verdadera matanza. Y los hombres y mujeres de la ciudad permanecían en sus casas, deseando no arriesgarse inútilmente.

Ni el *sheriff*, si es que estaba allí, hacía acto de presencia.

Less dedujo que el representante de la ley en el condado debía hallarse de patrulla, pero eso le importaba ahora bien poco.

Los caballos que habían pertenecido a los forajidos estaban ensillados y listos para marchar. La puertecilla por la que él fue atrapado, continuaba abierta.

Monagan se había llevado un caballo, por supuesto. Pero, a causa del nerviosismo, no pensó que le hubiera convenido espantar a los otros.

Lesslie eligió con la mirada el que le pareció más rápido. Lo montó y salió de la cuadra, atisbando el horizonte.

A lo lejos se veía una mancha negra que no podía ser sino el fugitivo Monagan.

El joven acarició su revólver.

Era a él a quien quería matar. A él y a Clinton, si éste se ponía a tiro. En cuanto a las demás personas que había conocido en aquella aventura, prefería dejar que viviesen y no volver a acordarse de ninguna de ellas.

Los dos dueños de la cantina creían de verdad estar acorralando a un forajido y obteniendo pruebas para su condena. Lo mismo había sucedido con el administrador ele la rifa benéfica.

El hecho de que hubieran aceptado dinero por aquello, no enturbiaba la razón principal de su conducta: creían estar llevando a la horca a un bandido, y eso hacía que Less, a pesar de todo, no pudiera abrigar hacia ellos deseos de venganza.

Tampoco contra el juez que le condenó. Ni contra los miembros del jurado.

Todos creían hallarse ante Clinton.

En aquel sentido —pensaba Less mientras picaba espuelas rápidamente— tampoco debería vengarse de Monagan. El solo quería castigar, de la forma más cruel posible, el daño que habían causado a su hija.

Pero estaba lo de Elaine. La salvaje muerte de Elaine lo cambiaba todo. Y para siempre.

El vengaría a la muchacha aunque fuera la última cosa que hacía en su vida.

Aceleró el galope de su corcel, mientras se convencía de que, por la dirección que seguía Monagan, éste no lograría ocultarse antes de la noche.

Estaba perdido.

Pero Leslie Adams no se dio cuenta de que alguien le seguía a su vez.

CAPÍTULO XII

Marta lo había olvidado todo ante aquella situación que para ella representaba la mayor tragedia de su vida.

Se había olvidado incluso de su propio hijo, al que por otra parte no parecía acechar por el momento ningún peligro. Y anudándose la bata lo mejor que pudo, había salido tras Less.

Cuando montó a caballo, sus hermosas piernas quedaron otra vez al descubierto. Era la amazona más tentadora que jamás había sido vista en aquella parte del Estado.

Pero Marta no pensaba en eso.

Y la verdad fue que nadie la vio, a excepción de un hombre que espiaba por una ventana, y cuya cabeza atravesó el cristal sin que él mismo se diese cuenta.

Marta tenía los ojos clavados en Less como Less los tenía clavados en la espalda de Monagan.

Hubiera querido gritar, pero sabía que era inútil dada la distancia que los separaba y la dirección contraria que seguía el viento. Un revólver le hubiera sido muy útil, para disparar al aire, pero había olvidado tomarlo, después de arrojar el que tenía entre los dedos tras matar a aquel hombre.

La angustia atenazaba su corazón. Se daba cuenta de que la vida de su padre dependía del traspié de un caballo, o de un simple disparo afortunado que Less hiciese.

El joven, mientras galopaba, contó el número de plomos que quedaban en aquel revólver.

Cuatro.

No podía, por tanto, malgastarlos ensayando el tiro a distancia. Necesitaba atrapar a Monagan.

Picó espuelas con fuerza, mientras sentía que, a causa del

movimiento del caballo, los bordes de la herida empezaban a separarse poco a poco.

En el vendaje se marcó una mancha roja que muy poco después llegaba ya a su camisa.

Pero Less no se fijó en eso más que de un modo superficial.

Una fuerza sobrehumana parecía animarle.

Diríase que era una máquina ciega, una máquina que sólo servía para matar.

La carrera seguía frenética, incansable. Monagan se daba cuenta de que era seguido y espoleaba al máximo a su caballo, cuyos ijares estaban ya cubiertos de sangre.

Los dos corceles eran muy buenos, pero el de Lesslie tenía que soportar un peso bastante superior Esto, que no tenía gran importancia en la primera medía milla, iba a ser decisivo en una carrera tan larga como la que estaban soportando.

El caballo de Lesslie ya no podía más.

Una espuma blanca partía de su boca, y tenía los ojos turbios a causa de la fatiga.

Sólo el terrible castigo a que su jinete le sometía bacía que se sostuviera en pie. Pero el corcel de Less iba ganando terreno lenta e implacablemente.

Llegaron a una zona de colinas pedregosas donde el terreno subía de un modo constante.

«Es el fin» —pensó Less.

El caballo de Monagan aún había podido soportar la galopada en terreno liso, pero al exigírsele el esfuerzo suplementario de la subida, sus patas fallaron.

Monagan cayó estruendosamente a tierra.

Se revolvió sobre el polvo, haciendo dos locos disparos con su revólver. ¡Y uno de ellos acertó!

Fue la casualidad más grande de toda su vida. Había noventa y nueve probabilidades de que la bala se perdiera y solamente una de que alcanzara al caballo en la cabeza. Y eso fue lo que sucedió.

Lesslie sintió que la tierra venía hacia él. No se dio cuenta hasta el último momento de que el caballo había sido alcanzado.

Dio una vuelta de campana en el aire.

Pudo haberse partido la cabeza, pero desde que Less aprendió a montar a caballo, siendo un niño de cuatro años, sabía caer. De

modo que quedó sentado en tierra.

Ahora la herida le dolía espantosamente, pero pudo ponerse en pie con cuidado.

Vio a Monagan a unas trescientas yardas.

El gordo sujeto trataba de obligar a su caballo a ponerse en pie, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Simplemente, el pobre animal apenas podía respirar. Necesitaría estar quieto al menos media hora, hasta poder recuperarse.

Lesslie avanzó.

No pudo ver que Marta le seguía. Marta montaba un auténtico penco y además era un mal jinete, de modo que había perdido mucho terreno, llegando incluso a perder de vista a su padre y a Less. Se encontraba en ese momento a unas dos millas.

Monagan miraba en tomo suyo angustiosamente. Pensó durante un momento en parapetarse tras su propio caballo. Pero si éste se movía, lo dejaría al descubierto.

Resolvió entonces cobijarse tras una roca que cubría perfectamente su cuerpo. Desde allí dominaba, además, el camino que indudablemente seguiría su perseguidor.

No había hecho más que colocarse tras la roca, procurando dominar sus nervios, cuando oyó a su espalda una voz:

—¿Qué tal, Monagan? ¿Ha salido dispuesto a hacer ejercicios de tiro?

* * *

Monagan soltó el revólver antes de que se lo ordenaran. Se volvió con expresión de horror.

Aunque no conocía la voz que acababa de sonar a u espalda, sabía que estaba atrapado.

—Vuélvase.

SI obedeció temblando.

El tipo que ahora se hallaba frente a él había desmontado de un caballo que retozaba a poca distancia. Sin duda iban dos sobre el lomo del animal, porque a aquel tipo le acompañaba una mujer.

Era una chica joven, provocativa, la típica damisela de saloon que empezó hace poco y ahora ya «termina».

El hombre se parecía en cierto modo a Less. Sus expresiones, y hasta sus rostros, eran muy distintos, pero había que reconocer que

tenían la misma estatura, el mismo color de ojos y un dibujo muy parecido de labios y cejas.

Fue eso lo que hizo comprender a Monagan que había cometido un terrible error.

—Clinton… —balbució—. ¡Charlie Clinton!

El otro sonrió.

—Celebro que me conozca, Monagan. Yo no celebro, en cambio, conocerlo a usted.

—¿Cómo sabe que soy yo? Jamás me había visto…

—Su hija
Marta' tiene
un álbum con fotografías y dibujos familiares. Yo lo había visto muchas veces, aunque la verdad era que los labios de Marta me interesaban más: aprendí a conocerle, Monagan… y a odiarle.

—¿Odiarme?

:—Sé lo que ha ocurrido en Waring. Trataba de ahorcarme. Menos mal que me confundió con otro.

Los ojos de Monagan se extraviaron.

Entrelazó febrilmente los dedos, mientras adoptaba una actitud dolorida y humilde.

—Jamás hubiera podido sospechar —masculló— que…

Clinton lanzó una carcajada.

—Ésta es la mujer a la que usted debió haber ahorcado en lugar de la otra —dijo luego, burlonamente—. Le presento a Ketty, mi novia. Guapa chica, ¿eh?

—Clinton… No se precipite. Usted y yo podemos llegar a un acuerdo…

—¿Un acuerdo? ¿De qué clase?

—Pídame lo que quiera… Yo…

—¿Y si le pidiese a Marta?

Monagan dijo cobardemente:

—También en eso podríamos llegar a un acuerdo… Yo soy, ante todo, un comerciante… ¡Pero no haga lo que está pensando! ¡No lo haga!

Clinton, que había cambiado el revólver de mano, le rompió los dientes con el cañón, mientras hacía una mueca de asco.

—Me asquean los mercachifles —dijo—. Los que creen que todo se compra y se vende… Es usted el tipo que imaginaba Monagan.

Exactamente lo que imaginaba…

Monagan, con la boca empapada en sangre, masculló:

—Haré lo que quiera, pero no me mate… ¡No me mate!

Había caído de rodillas. Trataba de abrazarse a los pies del pistolero.

Ketty escupió al suelo.

—Déjalo aquí… ¿No ves que da asco?

Clinton rió sordamente.

—Sí, muchacha, estoy de acuerdo contigo. Da asco… y lo dejaré aquí.

Apretó el gatillo tres veces, tirando a la cabeza. La cara de Monagan desapareció.

Luego Clinton sopló en el cañón del revólver.

—Por allí viene su hija… —murmuró—. ¿Tú eres celosa, Ketty?

Ella volvió a escupir, mientras sus ojos llameaban de repente.

—¿Sabes una cosa, Clinton? ¡Ahora el que empieza a darme asco eres tú!

El pistolero rió divertido.

Guardó el revólver.

Y en aquel momento le pareció como si sobre su cabeza se proyectara una sombra. Como si un extraño pájaro le cubriera con sus alas.

«Un pájaro que estaba quieto…».

Se volvió de repente, lanzando un grito, y vio a aquel hombre en lo alto del peñasco. Estaba escasamente a unas doce yardas y, cosa extraña, no empuñaba el revólver. Lo llevaba remetido entre el pantalón y la camisa, donde se apreciaba una extensa mancha de sangre.

Clinton no conocía a aquel tipo, pero imaginó quién era.

—Vaya… Tú eres el que mis hombres salvaron…

Less, parpadeó, confundido.

—¿El que tus hombres salvaron?… —repitió.

—Sí, hombre… Yo me había separado de la banda para divertirme un poco con ésta —señaló despectivamente a Ketty—. Y de pronto mis hombres oyeron decir que Clinton había sido capturado en la ciudad de Waring y que lo iban a ahorcar. ¿Qué fue lo que pensaron? ¡Salvarme, naturalmente! Y organizaron un concierto maravilloso. Lástima que el individuo que te recogió en el

carromato era nuevo en la banda y no me había visto nunca, porque de lo contrario, al reconocerte, se hubieran aclarado muchos equívocos… En fin, lo siento por ellos. Los pobres muchachos cayeron luego en una trampa, por imbéciles, y ahora están todos muertos. ¿Qué se le va a hacer? Por fortuna, lo más fácil que se puede hacer en esta tierra es formar una banda…

Parecía muy seguro de sí mismo. Y había notado ya que su enemigo se hallaba de cara al sol.

Poco a poco, estudiando cada movimiento, fue acercando su mano derecha a la funda del revólver.

Estaba seguro de que Less no lo notaba.

La voz áspera del joven se escuchó en el silencio de las colinas.

—Vas a pagar lo que hiciste a una mujer que creía en ti, Clinton. Y vas a pagar lo que tus hombres hicieron a un hombre honrado que vivía en la ciudad de Waring. Te haré el honor de matarte cara a cara, como deben morir los pistoleros… ¡Saca!

Clinton tenía ya la mano cerrada sobre la culata.

Musitó:

—Con mucho gusto…

Se inclinó, mientras su revólver brillaba a la luz. Estaba seguro de ser el más rápido. Estaba convencido de vencer.

Lanzó un grito.

Y de pronto sintió aquel choque absurdo entre los ojos.

Y aquel otro en el corazón, mientras notaba que un chorro de sangre salía por su boca.

Lanzó un espantoso alarido, sin querer admitir aún que su enemigo había sido más rápido, que el falso Clinton era mejor pistolero que el Clinton auténtico, el hombre que atemorizó a una comarca entera.

Una nueva bala le alcanzó en la cintura.

Y otra en la frente.

Clinton cayó pesadamente a tierra, con las manos crispadas sobre el pecho, mientras Lesslie Adams, con un ademán de infinito cansancio, dejó caer a tierra el revólver descargado.

Vio que Ketty no se entretenía junto al muerto. Ketty pensó que tal vez, si se quedaba, habría plomo para ella también.

Montó de un salto sobre el caballo y se alejó. Lesslie le hizo un saludo sin fuerzas.

Desde lo alto de la roca miró el horizonte.

Distinguía la figura de Marta, que se hallaba ya a muy poca distancia. Marta, que debía haberlo visto todo…

Se alegró de no haber tenido ocasión de matar a Monagan. Porque así aquella mujer no le odiaría.

No hubiera sabido decir por qué, pero necesitaba que aquella mujer no le odiase.

La vida había sido cruel con ellos y ahora necesitaban ayuda en lugar de odio. Necesitaban palabras que ayudasen a tener fe, no palabras que Less hundiesen en el abismo del que justamente acababan de salir ahora.

Lesslie pensó: «Ayudaré a esta mujer. Haré que su hijo se convierta en un hombre».

Jamás había tenido un sentimiento tan puro, tan desinteresado como en aquel momento.

Ignoraba aún que ése es el camino eterno del amor. Un camino que tal vez Less llevaría muy lejos.

«Nos iremos del territorio —se dijo—, tras hablar con el *sheriff* más cercano, quien lo aclarará todo a la vista de los cadáveres. Y olvidaremos esto». Olvidar… ¿Puede conseguirse eso?

La vida es larga y los seres humanos necesitan amor. Pero ni Marta ni Lesslie lo pensaban ahora.

El joven descendió lentamente del peñasco para dirigirse hacia la muchacha.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.